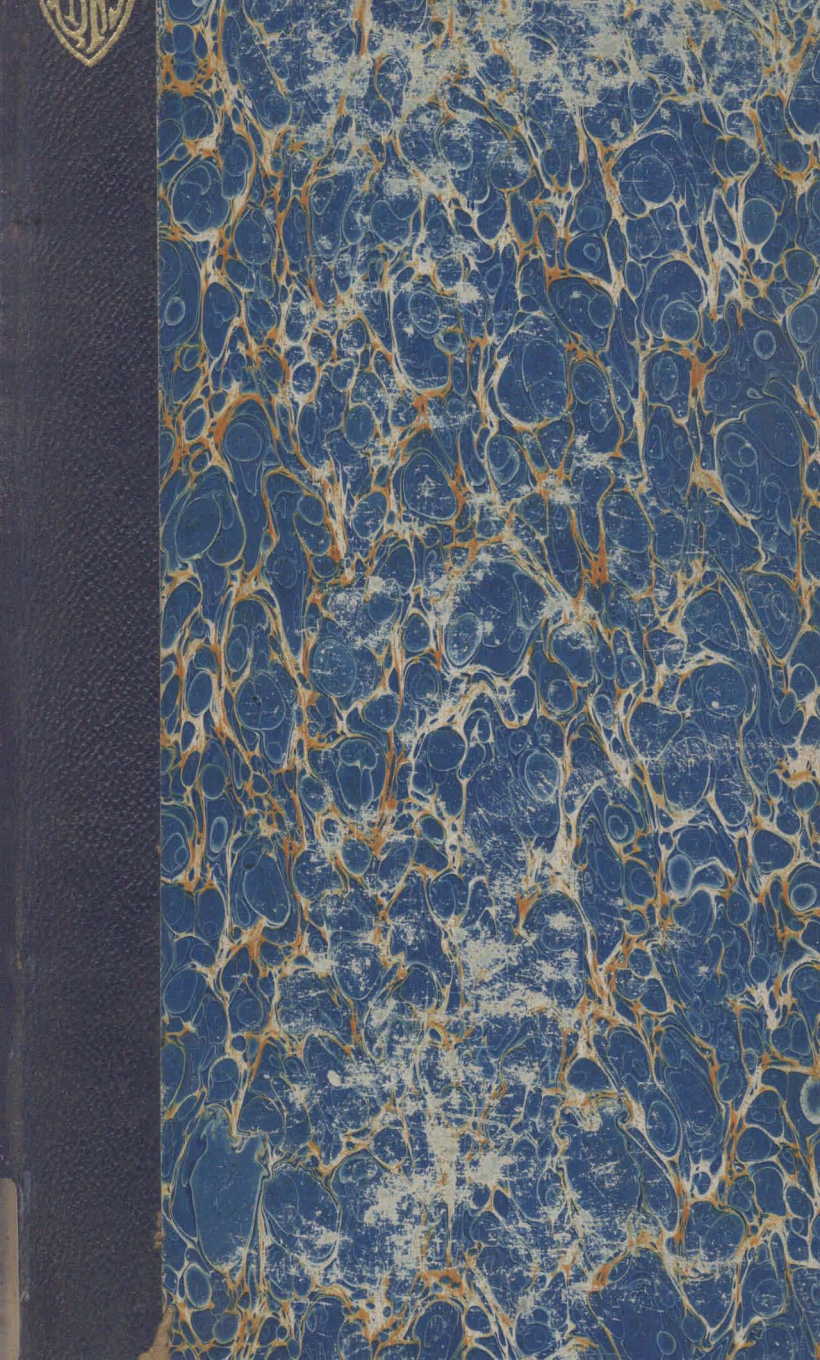




LECTURAS OBLIGATORIAS PARA LA ESCUELA PRIMARIA

TERCER GRADO

Contiene todos los cuentos, fábulas y anécdotas que el maestro debe relatar a los alumnos de acuerdo con los nuevos programas.

Contiene, además, todas las lecturas necesarias para el desarrollo de los temas de conversación y de los asuntos.

por

E. GONZÁLEZ TRILLO - L. ORTIZ BEHETY

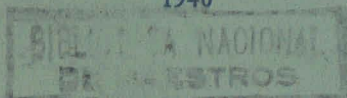


"LIBRERIA DEL COLEGIO"

(CASA EDITORA)

Alsina y Bolívar - Buenos Aires

1940



LECTURAS OBLIGATORIAS

TERCER GRADO

Derechos reservados
(Ley 11723)

32.542

LECTURAS OBLIGATORIAS

PARA LA ESCUELA PRIMARIA

8/1.28
2/2.50

TERCER GRADO

Contiene todos los cuentos, fábulas y anécdotas que el maestro debe relatar a los alumnos de acuerdo con los nuevos programas.

Contiene, además, todas las lecturas necesarias para el desarrollo de los temas de conversación y de los asuntos.

por

E. GONZÁLEZ TRILLO - L. ORTIZ BEHETY



129X190

"LIBRERIA DEL COLEGIO"

(CASA EDITORA)

Alsina y Bolívar - Buenos Aires
1940

**BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS**

Obras de los Autores

OBRAS LITERARIAS

- Kilómetro 823, tiempo de soledad, pueblos de las orillas del Teiken. *Poemas.*
Tierra Sur. *Poemas.*
Canciones junto al fuego del vivac. *Poemas.*
Limo. *Novela.*
Diez adolescentes. *Novela.*
Puerto Hambre. *Novela.*
Querencia de Buenos Aires. *Poemas en prosa.*
Materia de ensueño. *Reconocimiento.*
Substancia de muerte. *Poemas.*
Sacrificio de la paloma de cristal. *Poemas.*
Nacimiento de Buenos Aires. *Poema en prosa.*
Tierra de las estrellas en cruz. *Poemas.*
Poemas de Stéphane Mallarmé. *Traducción.*
Poemas de Tristán Corbière. *Traducción.*
Poemas de Arthur Rimbaud. *Traducción.*

OBRAS DIDACTICAS

- Gramática castellana. *Primer año.*
Gramática castellana. *Segundo año.*
Gramática castellana. *Tercer año.*
Historia de la literatura americana.
Lecturas americanas.
Historia de la literatura española.
Lecturas obligatorias para la escuela primaria. *Primer grado inferior.*
Lecturas obligatorias para la escuela primaria. *Primer grado superior.*
Lecturas obligatorias para la escuela primaria. *Segundo grado.*
Lecturas obligatorias para la escuela primaria. *Tercer grado.*
Lecturas obligatorias para la escuela primaria. *Cuarto grado.*
Lecturas obligatorias para la escuela primaria. *Quinto grado.*
Lecturas obligatorias para la escuela primaria. *Sexto grado.*

PROLOGO

Publicamos este libro destinado a los maestros, con el propósito de poner en sus manos un instrumento que creemos indispensable para su labor.

Al reunir en volumen un conjunto de lecturas destinadas a dar cumplimiento a los nuevos programas, hemos querido facilitar en todo lo posible el trabajo de búsqueda y de selección, entregando a los maestros, no sólo las lecturas obligatorias que deben hacer conocer a sus alumnos, sino también todas aquellas lecturas necesarias para el desarrollo didáctico de los temas de conversación y de los asuntos.

En los nuevos programas se advierte el propósito fundamental de dar a la enseñanza una orientación práctica, y en los temas de lenguaje, el de hacer conocer al alumno, al iniciar el desarrollo de un tema, un bello trozo literario que lo ponga en contacto con el modelo vivo de la palabra, consiguiendo de esta manera purificar su habla, darle un completo elemento de expresión, ampliar su vocabulario y ensanchar sus horizontes.

Nada mejor, para el estudio de la lengua culta, que un hermoso poema, un pequeño relato, una página literaria, en los que afortunados escritores han puesto lo mejor de su espíritu.

El maestro encontrará, así, preparado el camino que ha de abrir nuevos rumbos en el alma infantil.

Es nuestro más ferviente deseo que este libro sea para el maestro un compañero útil.

LOS AUTORES.

Parte Primera

CUENTOS PARA SER RELATADOS

INDICACIONES DE LOS PROGRAMAS DEL CONSEJO NACIONAL
DE EDUCACION

VOCABULARIO Y ELOCUCION

Puede recomendarse la lectura y comentario de los cinco cuentos siguientes: "Don Cuervo y don Raposo", de Azorín; "Los cazadores de ratas" y "La miel silvestre", de Horacio Quiroga; "La obligación" y "Recuerdos de un viaje", de Trueba.

DON CUERVO Y DON RAPOSO

Un cuervo va volando por el azul. Lleva en el pico un pedazo de queso: "un pedazo de queso muy grande". Va contento el cuervo; debe de haber cogido este queso de algún cestillo que llevaba un niño al mercado; los ojos del mozuelo habrán visto asombrados cómo de pronto el cuervo remontábase a lo alto llevándose en el pico el queso. Ahora el cuervo va a darse un succulento hartazgo. Se posa en la rama de un árbol. ¿En la rama de un ciprés? El ciprés es de las cornejas. ¿En la rama de un olivo? El olivo es de los mochuelos; cada mochuelo tiene su ramita en un olivo. ¿En la rama de un almendro? El almendro es de los cuclillos; en Levante, durante las claras noches, en el llano plantado de grandes, sensitivos almendros, los cuclillos tañen su flauta de dos notas... El cuervo se para en un árbol cualquiera; esta estada del cuervo en una rama

es accidental, fuera de sus costumbres. No nos imaginamos a los cuervos posados serenamente en un árbol, sino volando, volando, volando por los cielos azules o cenicientos, desde donde bruscamente descienden a las llanuras rasgadas por interminables surcos paralelos. Nuestro cuervo se halla posado en un árbol; en el pico tiene su queso; está indeciso. ¿Se lo comerá aquí o en la escondida quiebra de una montaña?

Aparece el raposo. El raposo hállase pasando unos días muy amargos; tal premia como ésta no la ha pasado él nunca. No cae ni una gallina, ni una perdiz, ni una ingenua cogujada. Está harto el raposo de comer grillos y saltamontes; los racimos de los majuelos están aún verdes. El raposo oye un leve ruido en un árbol y levanta la cabeza. Allí hay un cuervo con un queso en el pico. Ya tiene pitanza el raposo para el día de hoy. He aquí cómo el raposo comienza a hablar al cuervo: “Don Cuervo...” (Cortés, exquisitamente cortés, según veis, es el raposo; por tanto, con el don con que él agracia al cuervo le agradecemos a él nosotros.) Dice así don Raposo: “Don Cuervo: muy gran tiempo ha que oí hablar de vos, y de la vuestra nobleza, y de la vuestra apostura, e como quier que vos mucho busqué, non fué la voluntad de Dios, nin la mi ventura, que vos pudiese hablar hasta ahora; y ahora que vos veo, entiendo que ha mucho más bien en vos de cuanto me decían. Y porque veades que vos lo non digo por lisonja, también como vos diré las aposturas que en vos entiendo, también vos diré las cosas en que las gentes tienen que non sodes tan apuesto”.

Nótese cómo don Raposo da color de verdad sincerísima a su lisonja; él dirá las gentilezas de don Cuervo, pero también le dirá a don Cuervo las cosas que, según las gentes, no están bien a don Cuervo. Dicen las gentes que el color negro es desapacible; negros tiene don Cuer-

vo el pelaje, los ojos, las garras, el pico. Eso dicen las gentes; mas las gentes se engañan. Porque, ¿qué color más hermoso en los ojos que el negro?

Las péndolas del pavón, ¿no son negras también? Y ¿habrá animal más bello que el pavón?... Todas las cosas, en fin, son cumplidas y graciosas en don Cuervo; todo: las plumas, las garras, el pico, el volar majestuoso y raudó. Con todo ello sería gran mengua si don Cuervo no supiese cantar. Don Raposo está seguro de que don Cuervo canta maravillosamente pero, por desgracia, él no le ha oído nunca. ¿No podría hacerle don Cuervo la merced de cantar? “Si yo pudiese de vos oír el vuestro canto —dice zalameramente don Raposo—, para siempre me ternía por de buena ventura”. Don Cuervo, emocionado, enternecido, va a cantar. Abre el pico, cae el queso... Instantáneamente don Raposo lo coge y se aleja corriendo.

Las más dañosas falsías son aquéllas que se realizan con elementos de la verdad. Sepamos, en todo caso, resistir a la lisonja; más difícil es permanecer ecuanímes ante el elogio que ante la diatriba. Artistas, poetas, pintores, oradores: cuando se nos haga alguna loanza, no salgamos de nuestro diapasón habitual. Leamos serenamente los elogios; sepamos distinguir lo que en ellos hay de exacto, y lo que en ellos se debe a las circunstancias y al afecto del loador. ¿Qué harán de todos estos elogios las generaciones venideras? Y ¿qué pensar de los elogios cuando vemos frecuentemente, ponderadas en nuestra obra aquellas partes deleznables, efímeras, a que no damos importancia, mientras los entusiastas admiradores pasan en silencio, ignorándolas, aquéllas otras en que hemos puesto fervientemente toda nuestra alma?

Azorín.

Azorín.—Pseudónimo de José Martínez Ruiz, eminente escritor español contemporáneo, autor de “Los pueblos”, “Confesiones de un pequeño filósofo”, “La voluntad”, “Al margen de los clásicos”, etc.

LA MIEL SILVESTRE

Benincasa, habiendo concluído sus estudios de contaduría pública, sintió fulminante deseo de conocer la vida de la selva.

Apenas salido de Corrientes había calzado sus recias botas, pues los yacarés de la orilla calentaban ya el paisaje.

De este modo llegó al obraje de su padrino, y a la hora tuvo éste que contener el desenfado de su ahijado.

—¿Adónde vas ahora? —le había preguntado sorprendido.

—Al monte; quiero recorrerlo un poco —repuso Benincasa, que acababa de colgarse el winchester al hombro.

—¡Pero infeliz! No vas a poder dar un paso. Sigue la picada, si quieres... O mejor deja esa arma y mañana te haré acompañar por un peón.

Benincasa renunció a su paseo. Al día siguiente, sin embargo, recorrió la picada central por espacio de una legua, y aunque su fusil volvió profundamente dormido, Benincasa no deploró el paseo. Las fieras llegarían poco a poco.

Llegaron éstas a la segunda noche —aunque de un carácter un poco singular.

Benincasa dormía profundamente, cuando fué despertado por su padrino.

—¡Eh, dormilón! Levántate que te van a comer vivo.

—¿Qué hay, qué hay? —preguntó echándose al suelo.

—Nada... Cuidado con los pies... La corrección.

Benincasa había sido ya enterado de las curiosas horrigas a que llamamos *corrección*. Son pequeñas, negras, brillantes y marchan velozmente en ríos más o menos anchos. Son esencialmente carnívoras. Avanzan devorando todo lo que encuentran a su paso: arañas, grillos, alacranes,

sapos, víboras, y a cuanto ser no puede resistirles. No hay animal, por grande y fuerte que sea, que no huya de ellas. Su entrada en una casa supone la exterminación absoluta de todo ser viviente, pues no hay rincón ni agujero profundo donde no se precipite el río devorador.

Benincasa se observaba muy de cerca, en los pies, la placa lívida de una mordedura.

—¡Pican muy fuerte, realmente! —dijo sorprendido, levantando la cabeza hacia su padrino.

Al día siguiente se fué al monte, esta vez con un machete, pues había concluído por comprender que tal utensilio le sería en el monte mucho más útil que el fusil.

El monte crepuscular y silencioso lo cansó pronto. Benincasa volvía, cuando un sordo zumbido le llamó la atención. A diez metros de él, en un tronco hueco, diminutas abejas aureolaban la entrada del agujero. Se acercó con cautela y vió en el fondo de la abertura diez o doce bolas oscuras, del tamaño de un huevo.

—Esto es miel —se dijo el contador público con íntima gula—. Deben de ser bolsitas de cera, llenas de miel...

Pero entre él —Benincasa— y las bolsitas estaban las abejas. La suerte quiso que cuatro o cinco abejas se posaran en su mano, sin picarlo. Benincasa cogió una en seguida, y oprimiéndole el abdomen, comprobó que no tenía aguijón. ¡Maravillosos y buenos animalitos!

En un instante el contador desprendió las bolsitas de cera. De las doce bolas, siete contenían polen. Pero las restantes estaban llenas de miel, una miel oscura, de sombría transparencia, que Benincasa paladeó golosamente. Una vez bien seguro de que cinco bolas le serían útiles, comenzó. Su idea era sencilla: tener suspendido el panal goteante sobre su boca. Pero como la miel era espesa, tuvo que agrandar el agujero, después de haber permanecido medio minuto con la boca inútilmente abierta. Entonces la

miel asomó, adelgazándose en pesado hilo hasta la lengua del contador.

Uno tras otro, los cinco panales se vaciaron así dentro de la boca de Benincasa.

Entre tanto, la sostenida posición de la cabeza en alto lo había mareado un poco.

—Qué curioso mareo... —pensó el contador—. Y lo peor es...

Al levantarse e intentar dar un paso, se había visto obligado a caer de nuevo sobre el tronco.

—¡Es muy raro, muy raro, muy raro! —se repitió estúpidamente Benincasa, sin escudriñar, sin embargo, el motivo de esa rareza.

Y de pronto la respiración se le cortó en seco, de espanto.

—¡Debe ser la miel!... ¡Es venenosa!... ¡Estoy envenenado!

Y a un segundo esfuerzo para incorporarse, se le erizó el cabello de terror: no había podido ni aun moverse. Durante un rato el horror de morir allí, miserablemente solo, lejos de su madre y sus amigos, le cohibió todo medio de defensa.

—¡Voy a morir ahora!... ¡De aquí a un rato voy a morir!... ¡Ya no puedo mover la mano!...

En su pánico comprobó, sin embargo, que no tenía fiebre ni ardor de garganta, y el corazón y los pulmones conservaban su ritmo normal. Su angustia cambió de forma.

—¡Estoy paralítico, es la parálisis! ¡Y no me van a encontrar!...

Pero una visible somnolencia comenzaba a apoderarse de él, dejándole íntegras sus facultades, a la par que el mareo se aceleraba. De pronto lanzó un grito, un verdadero alarido, en que la voz del hombre recobra la tonalidad del niño aterrado: por sus piernas trepaba un precipitado río

de hormigas negras. Alrededor de él la corrección devoradora obscurecía el suelo, y el contador sintió, por bajo del calzoncillo, el río de hormigas carnívoras que subían.

*

Su padrino halló, por fin, dos días después, y sin la menor partícula de carne, el esqueleto cubierto de ropa de Benincasa. La corrección que merodeaba aún por allí, y las bolsitas de cera, lo iluminaron suficientemente.

No es común que la miel silvestre tenga esas propiedades narcóticas o paralizantes, pero se halla. Las flores con igual carácter abundan en el trópico, y ya el sabor de la miel denuncia en la mayoría de los casos su condición.

Horacio Quiroga.

Horacio Quiroga.—El más grande de los cuentistas de América del Sur. Nació en el Uruguay en 1878, vivió durante mucho tiempo en Misiones, murió en Buenos Aires en 1937. Sus mejores obras son: "Cuentos de la selva", "El desierto", "Pasado amor", "Historia de un amor turbio".

LOS CAZADORES DE RATAS

(MODELO DIDACTICO DE NARRACION)

Es en la selva misionera. Las víboras de cascabel que duermen sobre la greda, se despiertan de pronto, ante un insólito ruido.

—Son voces de hombre —dice una de las víboras.

—Sí, son hombres —responde la otra—, es el mismo ruido que oímos la vez pasada.

Se ocultan tras unos árboles y observan atentamente.

Ven a un hombre y a una mujer, que miden la tierra y plantan jalones.

—Van a vivir aquí —dijo una de las víboras.

—Tendremos que irnos —respondió la otra.

Al día siguiente llegaron los nuevos moradores. Venían en una carreta cargada de baúles, cajones y herramientas. Era un matrimonio de agricultores, con un hijo. Pronto se instalaron y acomodaron sus útiles.

Trabajaron rudamente durante un mes, cavaron el pozo, hicieron el gallinero y hasta pudieron levantar un rústico rancho.

Mientras tanto, el hijo, de tres años apenas, se arrastraba por la tierra y contemplaba todo atentamente.

Las víboras no se habían decidido a irse. Miraban todas estas faenas y se sentían allí muy cómodas. Una tarde en que la familia había salido, se animaron a entrar en el rancho.

Encontraron allí ratas y desde entonces le tomaron cariño. Cuando el rancho quedaba desierto, se metían en él cuidadosamente. Pero tenían buen cuidado de precaverse de las gallinas y las gallinetas que podían denunciar su presencia.

Una tarde fueron descubiertas por una gallineta. El hombre, que volvía del pozo con un balde de agua, se detuvo al oír los gritos. Las víboras quisieron huir pero el hombre ya las había visto.

Tomó una azada y la descargó con terrible fuerza sobre la cabeza de una de las víboras.

La otra tuvo tiempo para huir velozmente.

Durante varios días la compañera de la víbora muerta permaneció escondida.

Pero una tarde, en el bochorno de la siesta, el hijo de los agricultores apareció en la quinta. La víbora observaba todos sus movimientos. El niño comenzó a arrastrarse. La víbora se dirigió hacia él. En ese momento fué descubierta por la gallineta que dió una señal de alarma.

La víbora estaba cerca del niño. Muy cerca. De pronto el niño lanzó un grito y cayó sentado. La gallineta continuaba en constante alarma.

Los agricultores salieron de la casa. La mujer corrió hacia donde estaba su hijo. Vió a la víbora que huía velozmente.

Tomó al niño y gritó, aterrada, a su marido:

—¡Mira, lo ha picado una víbora!

Corrieron los dos hacia el pozo y después no se oyó más que un alarido desgarrador:

—¡Hijo mío!

Horacio Quiroga.

LA OBLIGACIÓN

—¡Señor marqués!

—¡Oh, señor don José!

—¿Cómo va esa humanidad?

—Hombre, no me siento muy bien.

—Usted, señor marqués, no quiere creermé, y su salud lo paga. Lo que a usted le hace falta es salirse a dar un paseo todas las mañanitas, mientras dure el buen tiempo.

—¡Qué quiere usted, amigo! Genio y figura hasta la sepultura. Pero, hablando de otra cosa, ¿a qué debemos la dicha de ver por aquí a usted, que tan caro se vende?

—A que necesito un favor de la buena amistad de usted.

—Estoy dispuesto a ayudarle.

—Lo sé, señor marqués. ¿Se acuerda usted de Perico, aquel muchacho por quien le hablé hace tiempo? Por más que he hecho, señor marqués, no he podido proporcionarle una ocupación en que gane siquiera una peseta.

—Pues, amigo mío, repito a usted lo que le dije cuando en otra ocasión me habló usted en favor de ese muchacho: ese muchacho dejará mal al que se interese por él.

—Yo le aseguro a usted que no, señor marqués.

—Conociendo usted mis ideas respecto al trabajo obligatorio, puede usted calcular la confianza que tendré en que ese muchacho cumpla con exactitud sus obligaciones.

—Repito a usted que las cumplirá.

—Repito a usted que no.

—Pues bien, a la prueba me remito. Es preciso que haga usted un sacrificio por mí: es preciso que proporcione usted al pobre Perico una ocupación en su casa, o valiéndose de sus buenas relaciones.

—Pues bien: diga usted al chico que se venga por aquí mañana, y yo le proporcionaré ocupación.

*

—¡Señor marqués!...

—¡Hola, muchacho!

—¿Cómo está vucencia?

—Vamos pasando, hombre. Siéntate.

—Mil gracias, señor marqués.

—¿Con que tú deseas ocupación, no es verdad?

—Señor, ésa será mi mayor dicha.

—Pues esa dicha yo te la voy a proporcionar. ¿Ves aquellas vidrieras que están abiertas al otro lado del patio, y corresponden a la escalera principal?

—Sí, señor, ya las veo.

—Es preciso que vengas a abrirlas todas las mañanas a las ocho en punto, pues las cierra el portero todas las noches.

—Está muy bien, señor: a las ocho en punto estarán abiertas todas las mañanas. Y después, ¿en qué quiere vucencia que me ocupe?

—En nada más; ésa es tu única obligación. Ahora, vamos a ver qué recompensa quieres.

—Señor, ese trabajo no merece recompensa ninguna.

—La merece, y yo quiero dártela. Ganarás doce reales diarios.

—¡Dios bendiga a vucencia!...

—Lo dicho, Pedro. Hasta mañana.

—¡Hasta mañana, señor!

(Va llorando de alegría. Sin embargo... ¡hum!).

Primer día

Perico, que ha pasado la noche soñando con las vidrieras, y despertado lleno de sobresalto creyendo que ha pasado la hora de abrirlas, se levanta al amanecer, a las seis se presenta en la portería del marqués, a las siete y media pone la mano en la falleba de las vidrieras, y abre éstas a la primera campanada de las ocho.

Segundo día

Perico, que ha soñado con las vidrieras, aunque no se ha despertado creyendo que pasaba la hora de abrirlas, se levanta a las seis; a las seis y media se presenta en la portería; a las siete y media se acerca a las vidrieras, y las abre a las ocho en punto.

Tercer día

Perico, que ya no ha soñado con las vidrieras, se levanta a las siete; a las siete y media se va a la portería; al dar la primera campanada de las ocho, sube al descanso de la escalera, y al dar la última, cumple con su obligación.

Cuarto día

Como Perico gana doce reales diarios, puede ir alguna que otra vez al teatro. Anoche fué, y como con este motivo se acostó tarde, mandó que le llamaran a las siete, te-

meroso de faltar a su obligación. La criada le ha llamado tres veces; pero son las siete y media, y Perico no se ha levantado aún. “¡Que van a dar las ocho!”, le dice la criada. Perico se levanta refunfuñando y echa a correr a la portería. Al dar la última campanada de las ocho, sube de tres en tres los escalones, y abre las vidrieras. El marqués, que esperaba reloj en mano detrás de las cortinillas de la ventana de enfrente, se sonríe murmurando:

—¡Bien dije yo!

Quinto día

Perico se dirige a la portería como una exhalación, porque acaban de dar las ocho. Abre las vidrieras, y el rostro del marqués sonríe detrás de las cortinillas de la ventana de enfrente.

Sexto día

Perico oye las ocho en su casa, y parte como un cohete atropellando a cuantos encuentra a su paso; pero de repente se detiene y dice con altivez de un héroe de coturno: “Estoy rebajando mi dignidad de hombre, por tomar las cosas tan a pecho. Si no llego a las ocho, llegaré a las ocho y media”. Perico sigue su camino tranquilamente, y abre a las ocho y media las vidrieras. El rostro del marqués, cada vez más burlón, aparece en la ventana de enfrente.

—Perico —dice el marqués— pasa a mi habitación.

Perico obedece temblando como un azogado.

—Perico, ¿cuál es tu obligación diaria?

—Señor, abrir las vidrieras a las ocho en punto.

—¿Y la has cumplido exactamente?

—Sí, señor.

—¿Todos los días?

—Algunos me he descuidado un poco.

—¿Y por qué motivo?

—Señor, tengo algunas otras ocupaciones...

—No lo extraño, porque vivir en Madrid cuesta mucho, y tu sueldo es pequeño. De hoy en adelante, en lugar de doce reales ganarás veinticuatro, y con eso no tendrás necesidad de atender a más quehaceres que los de mi casa. Cuidado con que vuelvas a descuidar tu obligación; a las ocho en punto han de estar abiertas las vidrieras.

*

—¡Señorito, que son las siete!

—¡Señorito, que son las siete y media!

—¡Señorito, que van a dar las ocho!

—¡Las ocho! ¿Por qué no me has llamado antes?

—¡Si le he llamado a usted veinte veces!...

—¡Van a ser cerca de las nueve cuando abra yo las vidrieras!... ¡Pero también es mucho fastidio eso de que todos los días ha de hacer uno la misma cosa y a la misma hora!

Perico abre las vidrieras a las nueve menos cuarto. El marqués se asoma a la ventana y le llama a su habitación.

—Perico, esto ya pasa de castaño oscuro. Cada día está tu obligación más descuidada. Anteayer abriste las vidrieras a las ocho y cuarto, ayer a las ocho y media, y hoy a las nueve. Perico, ¿cómo te descuidas así?

—Señor, como no tengo reloj, y los de Madrid andan tan desacordes, que cuando el de la puerta del Sol da las ocho, el de Palacio suele dar las ocho y media...

—Tienes razón, Perico, tienes razón. Esta repetición es muy segura: como que me costó seis mil reales, sin contar la cadena que vale dos mil. Tómala que yo te la regalo para que abras las vidrieras guiándote por ella.

*

Como Perico gana veinticuatro reales y tiene repetición de seis mil y cadena de dos mil, asiste a las tertulias de

tono. Como Perico vino anoche tan tarde de la tertulia de C., duerme como un lirón, por más que la criada le grita que han dado ya las ocho...

Por fin, Perico se levanta y se dirige a la portería: pero no atropella a nadie corriendo, aunque están dando las nueve. Por fin abre las vidrieras.

El marqués se asoma a la ventana y le llama a su habitación.

—Perico —le dice— he suprimido el destino que desempeñabas en mi casa.

—¡Perdóneme vucencia!

—Nada tengo que perdonarte: basta “imponer” al hombre una obligación para que se le haga pesada y no la cumpla exactamente, a no ser que esté dotado de una gran rectitud. En ti se ha cumplido ese fatal destino de la humanidad.

Pocos días después, el mozo Pedro Romero entraba en el depósito de quintos de Leganés.

Pocos días después, empezaba a cansarse de hacer la misma cosa.

Pocos días después, le daban cada palo que cantaba el misterio, porque descuidaba su obligación.

Pocos días después, a fuerza de palos, empezaba a acostumbrarse a hacer todos los días una cosa misma.

Y pocos días después escribo yo esto, no con la arrogante pretensión de resolver un problema moral, sino con la modesta intención de consignar un hecho que cada cual puede utilizar como más le plazca.

Antonio de Trueba.

Antonio de Trueba.—Escritor español del siglo XIX (1819-1889), autor de “El libro de los cantares”, “Cuentos de color de rosa”, “Cuentos del hogar”, “El libro de las montañas”, etc.

RECUERDOS DE UN VIAJE

I

En 1859 me encajoné en la diligencia de Madrid a Bilbao, y “¡hala, hala, Morota!” “¡Arria, arria, Coronela!” me encontré, después de diez horas de caminata, al otro lado del puerto de Somosierra.

Está mandado, con razón, que los carruajes no corran dentro de las poblaciones. La diligencia que a mí me conducía, creyó, al pasar por Boceguillas, que pasaba por Madrid, y creyó por lo tanto que podía burlarse impunemente de la ley corriendo a todo correr, aunque despachurrase a todo bicho viviente; pero un hombre en mangas de camisa corrió tras ella, gritando al mayoral que parase y aflojase la multa.

Aquel hombre era el alcalde de Boceguillas; pero el mayoral ignoraba tal cosa, y le preguntó:

—¿Quién es usted para mandar con tanto fuero?

—¡Soy la reina! —contestó el alcalde, indignado de que por chaqueta más o menos se desconociese su autoridad.

—¿Con que la reina, eh? —repuso el mayoral con la risa del conejo, aflojando veinte reales.

—Sí, señor, la reina —repitió el alcalde con altivez.

El mayoral, que sabía mi profesión de escritor, se volvió a mí, y me dijo:

—Ponga usted algo de esto en los papeles.

—¿Y qué he de poner?

—Que ha visto usted a la reina en mangas de camisa.

Yo iba modestamente alojado en la rotonda. Como el movimiento del carruaje, allí mucho más sensible que en

la berlina y el interior, me desencuadernaba los huesos, iba trinando contra mi mala suerte, que no me había permitido desembolsar algunos duros más para gozar de la comodidad de mis vecinos, cuando vi que un hombre, que corría echando los bofes para alcanzar la diligencia, se encaramó en el estribo, a riesgo de romperse el bautismo.

Esto era a la salida de Burgos.

El del estribo sonrió de gozo al ver que había conquistado aquel ambicionado puesto.

—Buen amigo —le pregunté— ¿qué tal va usted ahí?

—Tan ricamente —me contestó.

Entonces me pareció que los asientos de rotonda eran más blandos, y el movimiento del carruaje más suave.

—¿Pues no le tenía a usted más cuenta caminar a pie, que no ir ahí en pie como las grullas y expuesto a descrirmarse de una caída?

—Si le digo a usted que aquí va uno como un príncipe... Y luego, ¿quién anda a pie catorce leguas que hay desde aquí a Villarcayo?

—¡Hola! ¿Con que va usted a Villarcayo? ¿Es usted de allí?

—No, señor; soy de Burgos, y voy a la feria que hay mañana en Villarcayo.

—Pues será una casualidad que no tenga usted que volver a pie.

—Yo le diré a usted; la venida no me da cuidado, porque voy a comprar una mulilla para revenderla en Burgos y ganarme uno, dos o medio; y ya ve usted que trayendo caballería, no ha de venir uno a pie.

—Tiene usted razón.

En esto el zagal notó que iba un “asiento de sombra”, y arreó al burgalés un latigazo que le hizo ver las estrellas y caer como un sapo en medio de la carretera.

El asiento de rotonda y el movimiento del carruaje me iban pareciendo cada vez más blandos.

Entre la polvareda que dejaba en pos de sí la diligencia, distinguí poco después al pobre burgalés, que corría, jadeante y con el rostro ensangrentado, a alcanzar nuevamente el carruaje, de cuyo estribo volvió a apoderarse al fin.

Al paso por Castilla la Vieja, una turba de chiquillos empezó a gritar en el tono de otro toro:

—¡A la traseeera! ¡A la traseeera!

Nuevo latigazo del zagal y nueva caída del ya magullado burgalés.

—Vecino —me preguntó, sacando la cabeza por la ventanilla, uno de los que iban en el interior— ¿qué tal va usted ahí?

—Tan ricamente —le contesté.

El burgalés volvió al estribo y llegamos a Encinillas, donde paró la diligencia para mudar el tiro y comer los viajeros. El del estribo desapareció a la entrada del pueblo.

Como oyésemos otro viajero y yo que en Encinillas había una fuente muy buena, y llegásemos muertos de sed, preguntámos dónde estaba la fuente, y fuimos en su busca.

Probamos el agua, y a pesar de estar turbia, la hallamos, en efecto, muy buena. Luego mi compañero y yo nos dirigimos hacia el parador a buscar la bucólica.

II

Una porción de gente formaba semicírculo delante de un poyo que había en la puerta del parador, soltando tremendas carcajadas al oír a un hombre que gritaba iracundo y desesperado:

—¡Por vida del Calendario y del grandísimo ladrón que le compone!...

Acerquéme al corrillo, y con sorpresa me hallé con que el que daba aquellas voces, y era objeto de la curiosidad y la algazara públicas, era el burgalés consabido.

El pobre hombre se tiraba de los pelos, daba patadas, apretaba los puños, rechinaba los dientes, movía de derecha a izquierda la cabeza, miraba al cielo, echaba sapos y culebras por la boca, y repetía:

—¡Por vida del Calendario de Cristo padre y del ladrón que le compone!...

—Buen amigo —le pregunté— ¿qué le pasa a usted, hombre?

—¡Qué me ha de pasar! Lo que no le pasa a nadie en este mundo. Que hace cuatro años quitaron la feria de Villarcayo.

—Pero, hombre, y entonces, ¿por qué ha venido usted a ella?

—Porque ese grandísimo ladrón de Calendario sigue trayéndola.

.....

Una diligencia llegaba en dirección opuesta a la que yo iba. El burgalés, que aún permanecía sobre el poyo, sin saber qué partido tomar, corrió lleno de alegría hacia ella, y se colocó en el estribo de la rotonda; pero el carruaje dió una violenta sacudida al salvar una piedra, y el pobre hombre fué arrojado al suelo, si bien se levantó en seguida y echó a correr para recobrar nuevamente su incómodo y peligroso puesto.

En aquel instante me colocaba yo en mi asiento, que me parecía henchido de finísima pluma.

En aquel instante partía a escape la diligencia, que me pareció deslizarse sobre una capa de suavísima arena.

En aquel instante recordé cuán a gusto iba yo cuando era niño dando botes y rebotes en la carreta de mi padre por los pedregosos caminos de mi aldea, cuando mi padre me permitía aquel regalo.

Y en aquel instante recordé estos versos del insigne Calderón de la Barca:

“Cuentan de un sabio, que un día,
tan pobre y mísero estaba,
que sólo se sustentaba
de unas hierbas que cogía.
¿Habría otro, entre sí decía,
más pobre y triste que yo?
Y cuando el rostro volvió,
halló la respuesta, viendo
que otro sabio iba cogiendo
las hierbas que él arrojó”.

Antonio de Trueba.

Parte Segunda

FABULAS PARA SER EXPLICADAS

INDICACIONES DE LOS PROGRAMAS DEL CONSEJO NACIONAL DE EDUCACION

Empleo sistemático de fábulas para hacer ejercicios de idioma.
Para esta clase de ejercicios elíjanse ocho o diez fábulas y téngase en cuenta lo dicho en el programa de segundo grado.
(Vocabulario y elocución).

EL LOBO Y LA OVEJA

Cruzando montes y trepando cerros,
aquí mato, allí robo,
andaba cierto lobo,
hasta que dió en las manos de los perros.
Mordido y arrastrado
fué de sus enemigos cruelmente:
quedó con vida milagrosamente,
mas inválido al fin y derrotado.
Iba el tiempo curando su dolencia:
el hambre al mismo paso le afligía;
pero como cazar aún no podía,
con las hierbas hacía penitencia.
Una oveja pasaba, y él le dice:
“¡Amiga, ven acá, llega al momento!
enfermo estoy y muero de sediento.
¡Socorre con el agua a este infelice!”

“¿Agua quieres que yo vaya a llevarte?—
le responde la oveja recelosa—
Dime, pues, una cosa:
¿Sin duda que será para enjuagarte,
limpiar bien el garguero,
abrir el apetito
y tragarme después como a un pollito?
¡Anda, que te conozco, marrullero!”
Así dijo, y se fué; si no, la mata.

¡Cuánto importa saber con quién se trata!

Félix M. de Samaniego.

Félix M. de Samaniego.—Fabulista español del siglo XVIII (1745-1801), autor de “Fábulas morales”.

LA ENCINA Y EL ROSAL

—¡Mezquina es tu existencia—
a un humilde rosal dijo una encina—
pues arrastras al par de mi opulencia
tu existencia mezquina!

De una santa en las fiestas placenteras,
bajaron a coger unos pastores
ramaje de la encina para hogueras,
y del rosal, para la imagen, flores.

Ornó el rosal la imagen peregrina,
y entonces me presumo
que, mirando en la hoguera arder la encina,
exclamó al darle el humo:

*No afrentes al humilde con tu fausto,
que el día de la prueba, en acto innoble,
con ignominia doble,
tal vez sirvas de incienso a su holocausto.*

Ramón de Campoamor.

Ramón de Campoamor.—Poeta español del siglo XIX, (1819-1901), autor de "Doloras", "Humoradas" y "Pequeños poemas".

EL SOBRIO Y EL GLOTÓN

Había en un lugarón
dos hombres de mucha edad,
uno de gran sobriedad
y el otro gran comilón.

La mejor salud del mundo
gozaba siempre el primero,
estando de enero a enero,
débil y enteco el segundo.

—¿Por qué —el tragón dijo un día—
comiendo yo mucho más,
tú mucho más gordo estás?
No lo comprendo, a fe mía.

—Es —le replicó el frugal—
y muy presente lo ten,
porque yo digiero bien,
porque tú digieres mal.

Haga de esto aplicación
el pedante presumido

si porque mucho ha leído
cree tener instrucción,

y siempre que a juzgar fuere,
la regla para sí tome:
no nutre lo que se come,
sino lo que se digiere.

Concepción Arenal.

Concepción Arenal.—Escritora española del siglo XIX, autora de poemas y de tratados de derecho penal.

EL ARROYO

Mira ese arroyo plácido, Florencio,
que fluye sin rumor y baña el prado.
Con su ejemplo enseñado,
haz al prójimo bien, y hazlo en silencio.

Juan E. Hartzenbusch.

Juan E. Hartzenbusch.—Escritor español del siglo XIX (1806-1880), autor de fábulas y de notables obras dramáticas, entre las que se destaca "Los amantes de Teruel".

EL PAPEL Y EL TRAPO

A un pobre trapo que en el suelo estaba
el papel desdeñaba:
diciéndole: —¡Anda, sucio! No te acerques,
que yo estoy limpio, rozagante y terso,
y no quiero por todo el Universo
tu contacto sufrir, ni que me empuerques.

—¡Miren el necio —contestó el guiñapo—
y cuál mi acceso en evitar se empeña!
Mas ya que así me ultraja y me desdeña,
dígame usted, seó Guapo:
¿Cómo tan pronto en su altivez olvida
que fué un harapo quien le dió la vida,
y que antes que papel ha sido trapo?
Quien de la plebe descender entienda
no la desdeñe, aunque sobre ella ascienda,
no sea que por mucho que se eleve
pueda alguno decir: —¿Veis el desprecio
con que nos mira el tal? Pues ese necio,
antes de ser lo que es, ha sido plebe.

Miguel A. Príncipe.

Miguel A. Príncipe.—Escritor español del siglo XIX (1811-1863), autor de "Fábulas en verso castellano", "Tirios y troyanos", "El conde Don Julián", etc.

EL SOL Y EL POLVO

Alzándose en furioso torbellino
eclipsó el polvo al Sol,
y gritóle por mofa: ¡Astro divino!
¿Dónde estás? ¿Qué te hiciste?... Y su camino
siguió en silencio el Sol.
Y cesó el huracán; y tornó al cieno
el polvo vil; y en el azul sereno
de gloria y pompa lleno
siguió en silencio el Sol.

Rafael Pombo.

Rafael Pombo.—Escritor colombiano del siglo XIX, autor de fábulas y de notables poesías.

EL ASTRÓNOMO Y EL MENDIGO

Observaba un astrónomo un lucero
con estudioso ahinco,
y le pidió limosna un pordiosero
una vez y otra vez, tres, cuatro y cinco;
y él mientras, agarrado al anteojo,
firme haciéndole al astro puntería
ni vió ni oyó siquiera al que pedía.
Nada manco el mendigo, si era cojo,
al gabán del astrónomo la mano
con un tirón echó que lo sintiera,
y díjole: —“Señor, si sois cristiano,
soltad esos trebejos
y generoso abrid la faltriquera.
Vuele por un momento como quiera
de tanta luz el brillador enjambre:
si hay miserias allí, las pasan lejos;
cerca de vos hay hambre.”

Juan E. Hartzenbusch.

LA CODORNIZ

Presa de un estrecho lazo
la codorniz sencilla
daba quejas al aire,
ya tarde arrepentida.
“¡Ay de mí, miserable,
infeliz avecilla,
que antes cantaba libre

y ya lloro cautiva!
¡Perdí mi nido amado,
perdí en él mis delicias;
al fin perdílo todo,
pues que perdí la vida!
¿Por qué desgracia tanta?
¿Por qué tanta desdicha?
¡Por un grano de trigo!
¡Oh, cara golosina!”

*El apetito ciego
a cuántos precipita,
que por lograr un nada
un todo sacrifican.*

Félix M. de Samaniego.

Parte Tercera

POESIAS PARA SER RECITADAS

INDICACIONES DE LOS PROGRAMAS DEL CONSEJO NACIONAL DE EDUCACION

Se hará recitar a los niños cuatro poesías elegidas de entre las siguientes:

"Sol de la mañana", de Rafael Alberto Arrieta.

"A la patria", de Estanislao del Campo.

"Patria", de Leopoldo Díaz.

"Gato embotado", de Enrique Banchs.

"Caperucita", de Francisco Villaespesa.

"La abuelita", de Gutiérrez Nájera.

"Los extremos se tocan", de Campoamor.

"Beati possidentes", de Carlos Fernández Shaw.

SOL DE LA MAÑANA

Sol de la mañana,
gloria del invierno.
Por la acera de oro
se aproxima el ciego.

Blanco tiene el iris
de sus ojos, blanco.

Sus pies se resisten,
tantean sus manos.

Junto a mi ventana
se detiene el viejo.
—Cante alguna cosa,
cieguito coplero.

—*Sol del caminante*
lumbre de los pobres...

—Ya sé el consonante;
 recoja esos cobres.

Por la acera de oro
 se encamina el ciego.
 Sol de la mañana,
 gloria del invierno.

Rafael Alberto Arrieta.

Rafael Alberto Arrieta.—Poeta argentino contemporáneo, autor de "Alma y momento", "El espejo de la fuente", "Las noches de oro", "Fugacidad", "Estío Serrano", "Las hermanas tutelares", "La ciudad del bosque", etc.

A LA PATRIA

¡República Argentina! ¡Patria amada!
 Tu espléndida corona matizada
 de gayas flores las naciones ven:
 la cariñosa mano de tus bardos
 puso rosas, jazmines, violas, nardos
 entre los verdes lauros de tu sien.

Yo no vengo a mezclar con esas flores
 de olímpicos perfumes y colores
 las silvestres y humildes que aquí ves.
 Vengo, Patria gloriosa, solamente
 a doblar la rodilla, reverente
 y a deshojar las mías a tus pies.

Estanislao del Campo.

Estanislao del Campo.—Poeta argentino del siglo XIX (1834-1880), autor de "Fausto", y de "Gobierno gaucho".

P A T R I A

Patria es la tierra donde se ha sufrido,
patria es la tierra donde se ha soñado,
patria es la tierra donde se ha luchado,
patria es la tierra donde se ha vencido.

Patria es la selva, es el obscuro nido,
la cruz del cementerio abandonado,
la voz de los clarines que ha rasgado
con su flecha de bronce nuestro oído.

Patria es la errante barca del marino
que en el enorme piélago sonoro
deja una blanca estela en su camino

y patria es el airón de la bandera
que ciñe, con relámpagos de oro,
el sol, como una virgen cabellera.

Leopoldo Díaz.

Leopoldo Díaz.—Poeta argentino contemporáneo, autor de "Los genios", "Bajorrelieves", "Las sombras de Hellas", etc.

GATO EMBOTADO

Gato Embotado viene y va,
con una mano en la cintura,
con el sombrero
de mosquetero
donde una larga pluma oscura
hace que no y hace que sí.

Por un sendero de alelí
Gato Embotado viene y va;
¿qué pensará? ¿quién lo sabrá?

Gato Embotado viene y va;
¿pensando en qué?
¿quién lo sabrá?

En toda Francia
no hay arrogancia
como la dél; cuando el acero
saca a brillar, fuerte y ligero;
hasta las ranas a su paso,
se echan al agua por si acaso.

Gato Embotado viene y va,
y lo que piensa Dios sabrá.

Gato Embotado viene y va.
Caperucita cruza el prado.

—¡Eh! por aquí nadie ha pasado
sin enseñarme lo tapado:

¡Señora, presto
vuelque su cesto!

—Gato Embotado, buen amigo,
llevo quesillo y pan de trigo.

—Gato Embotado lo verá.

Caperucita abocó el cestillo;
ni pan llevaba ni quesillo;
pero ligero y asustado
salió corriendo un ratoncillo.

Gato Embotado se ha arrojado
y a cuatro patas va tras dél;
por un ratón perdió el sombrero,
su guante inglés, con él su acero;

y no perdió su buen corcel
porque él usaba andar a pie
por la razón no sé por qué.

Enrique Banchs.

Enrique Banchs.—Poeta argentino contemporáneo, autor de “Las barcas”, “La urna”, “El libro de los elogios” y “El cascabel del halcón”.

CAPERUCITA

Caperucita, la más pequeña
de mis amigas, ¿en dónde está?
—Al viejo bosque se fué por leña,
por leña seca para amasar.
—Caperucita, di, ¿no ha venido?
¿Cómo tan tarde no regresó?
—Tras ella todos al bosque han ido
pero ninguno se la encontró.
—Decidme, niños, ¿qué es lo que pasa?
¿Qué mala nueva llegó a la casa?
¿Por qué esos llantos? ¿Por qué esos gritos?
¿Caperucita no regresó?
—Sólo trajeron sus zapatitos...
¡Dicen que un lobo se la comió!

Francisco Villaespesa.

Francisco Villaespesa.—Poeta español (1877-1936), autor de “El milagro de las rosas”, “Flores de almendro”, “La copa del rey Thule”, “El alcázar de las perlas”, etc.

LA ABUELITA

Tres años hace murió abuelita;
cuando la fueron a sepultar,
deudos y amigos en honda cuita
se congregaron para llorar.

Cuando la negra caja cerraron,
curioso y grave me aproximé,
y al verme cerca, me regañaron
porque sin llanto la contemplé.

Dolor vehemente rápido pasa;
tres años hace que muerta está,
lloviendo penas, y nadie, en casa,
de mi abuelita se acuerda ya.

Yo sólo tengo luto y tristeza,
y su recuerdo fuerza cobró,
como del árbol en la corteza
se ahonda el nombre que se escribió.

Manuel Gutiérrez Nájera.

Manuel Gutiérrez Nájera.—Poeta mejicano del siglo XIX (1859-1895), autor de bellos poemas de carácter modernista y de "Aleluyas del Duque Job" y "Cuentos color de humo".

LOS EXTREMOS SE TOCAN

Mientras la abuela una muñeca aliña
y, haciéndose la niña, se consuela;
haciéndose la vieja, usa la niña
el báculo y la cofia de la abuela.

Ramón de Campoamor.

BEATI POSSIDENTES

Cuando era joven, y me embriagaba
con ilusiones de que hoy me río,
soñé ser dueño de grandes tierras...
¡Ya tengo un trozo de tierra mío!

Luego la vida, que enseña tanto,
calmó del todo mi desvarío,
mas no el cariño perdí a la tierra...
¡Y hoy tengo un trozo de tierra mío!

Mas ¡ay!, que el trozo de tierra ingrata,
al pie de un bajo ciprés, sombrío,
es el que llena la sepultura
donde enterraron al hijo mío!

Con él descansan todos mis sueños
de amor, de gloria, de poderío...
¡Y ante los cielos y ante los hombres
aquel pedazo de tierra es mío!

Carlos Fernández Shaw.

Carlos Fernández Shaw.—Escritor español (1865-1911), autor de "Tardes de abril y mayo", "El alma en pena", "Canciones de nochebuena", "La vida loca", etc.

Parte Cuarta

LECTURAS NECESARIAS PARA EL DESARROLLO DE LOS TEMAS DE CONVERSACION

INDICACIONES DE LOS PROGRAMAS DEL CONSEJO NACIONAL DE EDUCACION

Estudio especial del vocabulario que consistirá en conversaciones sobre la risa, el llanto, la edad de las personas, el amanecer y el anochecer.

LA RISA. *Recuérdese que los niños sanos ríen y juegan. Convendría leer y comentar la poesía que Francisco de Icaza dedica a su hijita.*

EL LLANTO. *Podría iniciarse este asunto con la lectura y comentario del siguiente pasaje de "El maestro y las velas", de Hartzenbusch:*

*Llora el infeliz Bartolo,
llora que aturde la escuela,
y en verdad que el pobre chico
no sin razón se lamenta.*

Escrito el fragmento en el encerado, se procederá a la explicación de términos. Para dar interés al pasaje comentado convendría decir por qué llora Bartolo, o sea, referir el argumento de la fábula. Como es sabido, en ella se habla de los castigos corporales que antaño se infligía a los alumnos.

LA EDAD DE LAS PERSONAS. *Sería conveniente recordar este pasaje de "Acuarela", de Rafael Obligado:*

*Una niñita madrugadora
va a juntar flores para mamá,
y es tan hermosa que hasta la aurora
vierte sobre ella más claridad.*

Los alumnos saben que en el pasaje precedente no se habla de una persona mayor. (El poeta, al decir "niñita", nos da a entender que se trata de una niña de pocos años). Pero nadie puede indicar con precisión la edad de esa niñita.

EL AMANECER. Conviene iniciar este asunto hablando del amanecer, pero no como tema general sino como hecho observado por los alumnos. Así, se hablará del amanecer en el campo o en la ciudad, según el sitio en que la escuela esté ubicada. Si no todos los alumnos, algunos por lo menos habrán presenciado en el campo el movimiento de hombres y animales que trae consigo la salida del sol. Con oportunas explicaciones podrán apreciar el valor del pasaje de "Malpocado" en que Valle-Inclán describe un amanecer.

Conviene leer una descripción clásica del amanecer, la de Garcilaso de la Vega, en la Egloga I:

*El sol tiende los rayos de su lumbre
por montes y por valles, despertando
las aves y animales y la gente;
cuál por el aire claro va volando,
cuál por el verde valle o alta cumbre
paciendo va segura y libremente,
cuál con el sol presente
va de nuevo al oficio,
y al usado ejercicio
do su natura o menester le inclina.*

EL ANOCHECER. Es conveniente iniciar la clase con una conversación acerca del anochecer. Puede recomendarse la lectura y comentario de la descripción del anochecer en el campo, del "Fausto" de Estanislao del Campo.

LA RISA

LA RISA

Que tu boca en flor alegre se ría;
tus indagaciones deja para luego;
que a tu edad conviene, pobrecita mía,
la risa y el juego...

Sé de dónde nace tu melancolía.
¡Piensas tantas cosas a tus cinco años!
¡Sueña tantas cosas, pobrecita mía,
esa cabecita de bucles castaños!

Ríe, que tu risa es la luz del día;
tu sonrisa triste es claror nocturno...
no te me parezcas, pobrecita mía,
en lo pensativa y en lo taciturno.

No quiero llamarte pobrecita mía.
¿No estás buena? Ríe. ¿No estás fuerte? Calla.
Vamos por los campos. ¡Viva la alegría!
—La tuya compense la que a mí me falta.

Francisco A. de Icaza.

Francisco A. de Icaza.—Escritor mejicano (1865-1925), autor de "Cancionero de la vida honda y de la emoción fugitiva", "La canción del camino", "Paisajes sentimentales" y de eruditos estudios sobre Cervantes, el Quijote y las novelas ejemplares.

LA RISA

La risa y el llanto son hermanos gemelos, caminan a distancia de un paso y, como Cástor y Pólux, viven a días: mientras alienta el uno, muere el otro, y así se van sucediendo en alternación amistosa a lo largo de los siglos.

Hay risa fina y delicada, sal preciosa que asainetea el trato humano, y nos hace volver a su regosto: ella es tónico de la vida, sin el cual la tirantez de los sinsabores nos descompusiera del todo y nos tuviera entregados a ese mal consumidor que se llama tristeza: la risa lo combate, lo destruye: el que puede reír de corazón, esté seguro de

que comerá con apetito: la risa da hambre y alimenta, se burla de los quebrantos y obra sobre nosotros como si nos estuviera sacudiendo cariñosamente un ángel. Cuando el ingenio acierta a encarnarse en un habla alegre, se reviste de una de sus más donosas formas, y campea haciendo quiebros en la tertulia inteligente. La chispa es un delicioso cordial, si reluce y chirria dentro del círculo de la moderación y el decoro; mas cuando quiere brillar sin término ni medida, viene a parar en fuego fatuo.

Juan Montalvo.

Juan Montalvo.—Escritor ecuatoriano del siglo XIX (1833-1889), autor de "La geometría moral", "Los siete tratados" y "Capítulos que se le olvidaron a Cervantes".

LA RISA

La risa es como rosa abierta en su rosal, y todas las flores del mundo se ríen, ¿lo oyes?, siempre y a todas horas: cuando a mediodía les da el sol, cuando de madrugada les baña el rocío, cuando a la tardecita viene el jardinero y riega el jardín y caen las gotas de agua sobre las corolas.

¿Que tiemblan? ¡Claro que tiemblan! pero tiemblan de risa, si hasta cuando pasa el viento y las deshoja, se deshojan riendo; pues qué, el rastro de pétalos rojos sobre el verde del césped o sobre el amarillo de la arena ¿no es ruidoso, armonioso, como una carcajada?

Y cuando en verano cae un chaparrón, el agua que rebota en los cristales o en las hojas de parra, o en la ropa blanca tendida a secar ¿no se ríe?

Y el agua entre las piedras; ¿no se va riendo? El vien-

to entre los árboles ¿no hace reír a toda la enramada? ¡No digas que suspira, no y no!

¡Si hasta la luna por las noches se divierte echando al suelo sombras de caricatura y haciendo salir visiones de las fuentes!

Gregorio Martínez Sierra.

Gregorio Martínez Sierra.—Escritor español contemporáneo, autor de numerosas obras teatrales y de la novela "Tú eres le paz".

EL LLANTO

EL MAESTRO Y LAS VELAS

Llora el infeliz Bartolo,
llora que aturde la escuela,
y en verdad que el pobre chico
no sin razón se lamenta.

Encima de un compañero
se ve montado a la fuerza;
y dos compañeros más
le agarran entrambas piernas.

Desabrochado el justillo,
remangada la chaqueta,
le han prendido la camisa
con un alfiler en ella.

Desnuda la espalda en arco,
él, desesperado, espera
lo que por asiento saben
las curvas con que se sienta.

La lección fué tropezona,
la plana horrible de puerca.
Según la costumbre antigua,
dos casos de azotes eran.

Era, por añadidura,
tarde de sábado aquélla,
día de rezo y de pago,
de cántico y penitencia.

Ante una imagen devota
con dos encendidas velas,
por su turno a cada reo
se iba aplicando la pena.

Cogió el maestro con aire
la humedecida correa,
y sonó entre cien chillidos
la dolorosa docena.

Mientras Bartolo se ataca
y el escozor se le temple,
el maestro en su sitial
perora de esta manera:

—“No se enseña al niño bien
sin zurriago ni palmeta:
cuando comete una falta,
es menester que le duela.

Ejemplo da al pedagogo
la sabia naturaleza,
castigando rigurosa
las humanas imprudencias.

A un árbol se sube un hombre,
y se le va la cabeza:
por más que grite al caer,
no se le ablanda la tierra.

Si es roca el suelo en que para,
costilla o muslo se quiebra:
metido en agua se moja:
tocando el fuego, se quema.

A esas luces llegue un niño,
queriendo jugar con ellas:
las manos le abrasarán,
sin duelo de su inocencia."

Las dos velas de la imagen,
hartas de plática necia,
quemadas le respondieron,
corriéndose de vergüenza.

—"Si pudiéramos hablar
otras veces como ésta,
nuestra voz al niño incauto
benévolo aviso diera.

Primero que hacer llorar
al inocente que yerra,
nos muriéramos nosotras
al ver su manita cerca.

Juega un niño, y a un mastín
le pellizca y le repela,
y el perro aguanta su daño,
por ser un niño el que juega.

De la roca te apoyabas
en la impasible dureza:
la roca de alma carece:
no tú de roca la tengas.

Vendrá tiempo en que ejercida
con incansable paciencia,
ni un ¡ay! al niño le cueste
la enseñanza de las letras.

Día vendrá en que por cuento
se den tus locas ideas,
y otros discípulos rían
de lo que los tuyos tiemblan.”

Aquel tiempo es ya llegado,
y esta fábula encomienda
que a los maestros de ahora
se les respete y se quiera.

Juan E. Hartzenbusch.

LA EDAD DE LAS PERSONAS

ACUARELA

Canción infantil

En la mañana: lirios y rosas
mueve la brisa primaveral,
y en los jardines las mariposas
vuelan y pasan, vienen y van.

Una niñita madrugadora
va a juntar flores para mamá,
y es tan hermosa que hasta la aurora
vierte sobre ella más claridad.

Tras cada mata de clavelina,
de pensamientos y de arrayán,
gira su traje de muselina,
su sombrerito, su delantal.

Llena sus manos de lindas flores,
y cuando en ellas no caben más,
con su tesoro de mil colores
vuelve a los brazos de su mamá.

Mientras se aleja, como dos rosas
sus dos mejillas se ven brillar,
y la persiguen las mariposas
que en los jardines vienen y van.

Rafael Obligado.

Rafael Obligado.—Poeta argentino (1851-1920), autor de "Santos Vega" y de admirables leyendas poéticas como "La Salamanca", "La luz mala", "El cacuy", etc.

O B R E R I T O

Madre, cuando sea grande
¡ay! ¡qué mozo el que tendrás!
Te levantaré en mis brazos
como el viento alza el trigal.

Yo no sé si haré tu casa
cual me hiciste tú el pañal,
o si fundiré los bronce,
los que son eternidad.

Qué hermosa casa ha de hacerte
tu niño, tu titán,
y qué sombra tan amante
el alero te va a dar.

Yo te regaré una huerta,
y tu falda he de colmar
con las frutas perfumadas:
pura miel y suavidad.

O, mejor, te haré tapices,
y la juncia he de trenzar;
o, mejor, tendré un molino,
el que canta y hace el pan.

¡Ay! qué alegre tu hombrecito
en la fragua va a cantar,
o en la rueda del molino,
o en las jarcias o en el mar.

Cuenta, cuenta, las ventanas
que estas manos abrirán;
cuenta, cuenta las gavillas
si las puedes tú contar...

(Con la greda purpurina
me enseñaste tú a crear,
y me diste en tus canciones
todo el valle y todo el mar...)

¡Ay, qué hermoso niño el tuyo,
que jugando te pondrá
en lo alto de las parvas
y en las olas del trigal!...

Gabriela Mistral.

Gabriela Mistral.—Pseudónimo de Lucila Godoy, poetisa chilena contemporánea, autora de "Tala" y "Desolación".

D I C H A

Dichoso aquél que vive en mansión heredada,
oye cantar los tordos que escuchó cuando niño;
ve llegar los inviernos entre lluvia y nevada
y siente el mismo acento de familiar cariño.

En la noche, en sosiego, a media luz, en torno
de la mesa o la lumbre, se conversa, en voz tierna,
de un viaje, de un recuerdo, de una ida sin retorno
—hace ya veintiocho años— a la mansión eterna.

Triste lágrima asómase y ocúltase medrosa,
recuérdase la historia de la aldea, el pasado
tiempo de la familia, la niñez bulliciosa,
y se ve lo futuro al ayer arraigado.

Se lee el viejo libro con reposo, alguna hoja
anotaciones lleva del padre o del abuelo;
a veces una lágrima casual el texto moja
y se encuentra en las dulces páginas el consuelo.

El antiguo reloj de la pared aun suena;
vienen los largos días de estío, o el invierno,
son las noches oscuras o ya la luna llena;
aunque los años vuelen, todo parece eterno.

Feliz aquél que vive en mansión heredada
con fontanares y árboles al pie de una colina,
y del otoño lánguido en la tarde nublada
ve rodar por los campos la lluvia y la neblina.

Arturo Marasso.

Arturo Marasso.—Poeta argentino contemporáneo, autor de "Bajo los astros", "La canción olvidada", "Presentimientos", "Paisajes y elegías", "Retorno", "Melampo", "Rubén Darío y la creación poética".

EL AMANECER

EL AMANECER EN "MALPOCADO"

En el cielo lívido del amanecer aún brillan algunas estrellas mortecinas. Un raposo que viene huído de la aldea, atraviesa corriendo el sendero. Oyese lejano el ladrido de los perros y el canto de los gallos... Lentamente el sol comienza a dorar la cumbre de los montes, brilla el rocío sobre la hierba; revolotean en torno de los árboles, con tímido aleteo, los pájaros nuevos que abandonan el nido por vez primera; ríen los arroyos, murmuran las arboledas, y aquel camino de verdes orillas, triste y desierto, despiértase como viejo camino de geórgicas. Rebaños de ovejas suben por la falda del monte; mujeres cantando vuelven de la fuente; un aldeano de blancas guedejas pica la yunta de sus bueyes, que se detienen mordisqueando en los vallados; es un viejo patriarcal; desde larga distancia deja oír su voz.

—¿Váis a la feria de Barbanzón?

—Vamos para San Amelio buscando amo para el rapaz.

—¿Qué tiempo tiene?

—El tiempo de ganarlo. Nueve años hizo por el mes de Santiago.

Y la abuela y el nieto van anda, anda, anda...

Bajo aquel sol amable que luce sobre los montes cruza por los caminos la gente de las aldeas. Un chalán asoleado y brioso trota con alegre fanfarria de espuelas y herraduras; viejas labradoras de Cela y de Lestrove van para la feria con gallinas, con lino, con centeno. Allá, en la hon-

donada, un zagal alza los brazos y vocea para asustar a las cabras, que se gallardean encaramadas en los peñascales. La abuela y el nieto se apartan para dejar paso al señor arcipreste de Lestrove, que se dirige a predicar en una fiesta de la aldea:

—¡Santos y buenos días nos dé Dios!

Ramón del Valle Inclán.

Ramón del Valle Inclán.—Escritor español (1869-1935), autor de "Sonata de estío", "Sonata de otoño", "Sonata de invierno", "Sonata de primavera", "Flor de Santidad", "Aromas de Leyenda", "La pipa de kif", etc.

ÉGLOGA PRIMERA

El dulce lamentar de dos pastores,
Salicio juntamente y Nemoroso,
he de cantar, sus quejas imitando;
cuyas ovejas al cantar sabroso
estaban muy atentas, los amores,
de pacer olvidadas, escuchando.
Tú, que ganaste obrando
un nombre en todo el mundo
y un grado sin segundo,
agora estés atento, solo y dado
al ínelito gobierno del estado
albano; agora vuelto a la otra parte,
resplandeciente, armado,
representando en tierra el fiero Marte;
agora de cuidados enojosos
y de negocios libre, por ventura
andes à caza, el monte fatigando
en ardiente jinete, que apresura
el curso tras los ciervos temerosos,

que en vano su morir van dilatando;
espera, que en tornando
a ser restituido
al ocio ya perdido,
luego verás ejercitar mi pluma
por la infinita innumerable suma
de tus virtudes y famosas obras;
antes que me consuma,
faltando a ti, que a todo el mundo sobras.
En tanto que este tiempo que adivino
viene a sacarme de la deuda un día
que se debe a tu fama y a tu gloria;
que es deuda general, no sólo mía,
mas de cualquier ingenio peregrino
que celebra lo digno de memoria;
el árbol de vitoria
que ciñe estrechamente
tu gloriosa frente
dé lugar a la hiedra que se planta
debajo de tu sombra, y se levanta
poco a poco, arrimada a tus loores;
y en cuanto esto se canta,
escucha tú el cantar de mis pastores.
Saliendo de las ondas encendido,
rayaba de los montes el altura
el sol, cuando Salicio, recostado
al pie de una alta haya, en la verdura,
por donde una agua clara con sonido
atravesaba el fresco y verde prado,
él, con canto acordado
al rumor que sonaba
del agua que pasaba,
se quejaba tan dulce y blandamente
como si no estuviera de allí ausente
la que de su dolor culpa tenía...

El sol tiende los rayos de su lumbre
por montes y por valles, despertando
las aves y animales y la gente;
cuál por el aire claro va volando,
cuál por el verde valle o alta cumbre
paciendo va segura y libremente,
cuál con el sol presente
va de nuevo al oficio
y al usado ejercicio
do su natura o menester le inclina.

Nemoroso

Corrientes aguas, puras, cristalinas;
árboles que os estáis mirando en ellas,
verde prado de fresca sombra lleno,
aves que aquí sembráis vuestras querellas,
hiedra que por los árboles caminas,
torciendo el paso por su verde seno:
yo me vi tan ajeno
del grave mal que siento,
que de puro contento
con vuestra soledad me recreaba,
donde con dulce sueño reposaba
o con el pensamiento discurría
por donde no hallaba
sino memorias llenas de alegría;
y en este mismo valle, donde agora
me entristezco y me canso, en el reposo
estuve ya contento y descansado.
¡Oh, bien caduco, vano y presuroso!

.....

Nunca pusieran fin al triste lloro
los pastores, ni fueran acabadas
las canciones que sólo el monte oía,

si mirando las nubes coloradas,
al trasmontar del sol bordadas de oro,
no vieran que era ya pasado el día.
La sombra se veía
venir corriendo apriesa
ya por la falda espesa
del altísimo monte, y recordando
ambos como de sueño, y acabando
el fugitivo sol, de luz escaso,
su ganado llevando,
se fueron recogiendo paso a paso.

Garcilaso de la Vega.

Garcilaso de la Vega.—Insigne poeta español del siglo XVI (1503-1536), autor de admirables poesías líricas.

EL ANOCHECER

ANOCHECER EN EL CAMPO

El sol ya se iba poniendo
la claridá se ahuyentaba
y la noche se acercaba
su negro poncho tendiendo.

Ya las estrellas brillantes
una por una salían,
y los montes parecían
batallones de gigantes.

Ya las ovejas balaban
en el corral prisioneras,
y ya las aves caseras
sobre el alero ganaban.

El toque de la oración
triste los aires rompía,
y entre sombras se movía
el crespo sauce llorón.

Ya sobre el agua estancada
de silenciosa laguna,
al asomarse, la luna,
se miraba retratada.

Y haciendo un extraño ruido
en las hojas tropezaban
los pájaros que volaban
a guarecerse en su nido.

Estanislao del Campo.

UN CREPÚSCULO

A la tarde el espectáculo solar es magnífico; sobre los grandes ríos especialmente, pues dentro del bosque la noche sobreviene brusca, apenas disminuye la luz. En las aguas, cuyo cauce despeja el horizonte, el crepúsculo subtropical despliega toda su maravilla.

Primero es una faja amarillo hiel al oeste, correspondiendo con ella por la parte opuesta una zona baja de intenso azul eléctrico, que se degrada hacia el cenit en lila viejo y sucesivamente en rosa, amoratándose por último sobre una vasta extensión donde boga la luna.

Luego este viso va borrándose, mientras surge en el ocaso una horizontal claridad de anaranjado ardiente, que asciende al oro y al verde luz, neutralizado en una tenuidad de blancura deslumbradora.

Como un vaho sutilísimo embebe a aquel matiz un rubor de cutis, enfriado pronto en lila donde nace tal cual estrella; pero todo tan claro, que su reflexión adquiere el brillo de un colosal arco iris sobre la lejanía inmensa del río. Este, negro a la parte opuesta, negro de plomo oxidado entre los bosques profundos que le forman una orla de tinta china, rueda frente al espectador densas franjas de un rosa lóbrego.

Un silencio magnífico profundiza el éxtasis celeste. Qui-

zá llegue de la ruina próxima, en un soplo imperceptible, el aroma de los azahares. Tal vez una piragua se destaque de la ribera asaz sombría, engendrando una nueva onda rosa; y haciendo blanquear, como una garza a flor de agua, la camisa de su remero...

El crepúsculo, radioso como una aurora, tarda en decrecer; y cuando la noche empieza por último a definirse, un nuevo espectáculo embellece el firmamento. Sobre la línea del horizonte, el lucero, tamaño como una toronja, ha aparecido, palpitando entre reflejos azules y rojos, a modo de una linterna bicolor que el viento agita. Su irradiación proyecta verdaderas llamas, que describen sobre el agua una clara estela, a pesar de la luna, y la primera impresión es casi de miedo en presencia de tan enorme diamante.

Leopoldo Lugones.

Leopoldo Lugones.—Eminente escritor argentino (1874-1938), autor de "Las montañas del oro", "Los crepúsculos del jardín", "Lunario sentimental", "El libro de los paisajes", "Odas seculares", "La guerra gaucha", "Historia de Sarmiento", etc.

LA BALADA DEL DÍA

El alba, con luz incierta,
en el espacio fulgura,
y parece que murmura
besando mi faz: ¡Despierta!

Muere el sol; quietud inmen-
[sa
se adueña de cuanto existe.
Entonces una voz triste
susurra en mi oído: ¡Piensa!

Rompe la nivea mortaja
de la fuente el sol ufano,
y su fulgor soberano
me dice: ¡Lucha, trabaja!

Por fin, la noche vestida
de luto, llena de encanto,
me cobija con su manto,
suspirando: ¡Duerme, olvida!

Amado Nervo.

Amado Nervo.—Poeta mejicano (1870-1919), autor de "En voz baja", "Perlas negras", "Místicas", "La amada inmóvil", "Los jardines interiores", etc.

Parte Quinta

LECTURAS NECESARIAS PARA EL DESARROLLO DE LOS ASUNTOS

LA CIUDAD Y EL CAMPO

LA CIUDAD

Contempla el espectáculo de una gran ciudad, sea Buenos Aires, el Rosario, Bahía Blanca. Recorre sus calles, atestadas de gente que va y viene, de carruajes, de automóviles, de tranvías eléctricos, de trenes a flor de tierra, en alto y de subterráneos. Es como un hormiguero humano, un hormiguero maravilloso de actividad y de industria. En ciertos momentos la muchedumbre parece oleada que rueda por las vías públicas. Levántanse enormes edificios sobre el suelo; bajo el suelo existe aún otra ciudad de sótanos y cimientos. El aire se halla todo entrecruzado por los hilos del telégrafo y el teléfono. Las altas chimeneas de fábricas, como enormes esfuminos, ponen sobre el azul del cielo sus trazos de negro de humo. Todo es agitación febril, trabajo metódico, pensamiento y acción, en fin, vida civilizada...

Recuerda que hace relativamente breve tiempo, el campo donde hoy se yergue esa ciudad, era un desierto tal vez

inhospitalario. Recorríanlo en todas direcciones las bestias silvestres, y, si acaso, alguna mísera tribu de salvajes armados de flechas. La inteligencia y la voluntad del hombre, que no en vano se apellida a sí mismo el "rey de la creación", bastaron para transformar el haz de la tierra, allí, como doquiera que exista planicie y clima templado. ¡Cuántos esfuerzos, cuántos dolores, cuántos triunfos se compendian en el espectáculo incomparable de una ciudad! Diríase un gran libro de piedra y hierro donde se presenta una síntesis de la historia. No ofrecerá sin duda ese conjunto la inarmónica armonía de líneas y colores de un agreste paisaje de la Naturaleza; pero ofrece, en cambio, lo más bello que la propia Naturaleza ha producido: ¡la obra del hombre!

Carlos Octavio Bunge.

Carlos Octavio Bunge.—Escritor argentino contemporáneo, autor de "La novela de la sangre", "La educación", etc.

CAMPO DE NOVIEMBRE

¡Campo de noviembre, todo verde, intensamente verde, que te oscureces en el ramaje de los árboles, te abrillantas en los linos, te exacerbas en el alfalfar, te suavizas en los trigos, te ensombreces en los maizales incipientes, te amarilleas en el pajonal, y lo cubres y lo vistes todo de esmeralda, impregnándolo de vida y color, en una exuberancia magnífica que hiere la mirada, expansiona, ensancha el alma! Verde, glauco, cetrino, gamas infinitas de tono primaveral, que se esparcen en los campos, en las carreteras, en los árboles, en las zanjas, en las veredas de las estaciones y hasta en los mismos postes. Únicamente el claro terroso en las huellas de los caminos rectos y el

negro luciente de los charcos, pone a instantes un paréntesis diverso en esta fuerza de la Naturaleza que retoña.

Es la época propicia a la honda noción de fecundidad, cuando la madre tierra nos brinda la cosecha múltiple de sus campos ubérrimos. El paisaje es caliente, pleno de vida. Hace, entonces, un claro y transparente cielo azul, tan alto como nunca en su serenidad, y corre una brisa tibia y suave, que agita con pereza todo el sembrado. Ni el más pequeño ruido o rumor turba nuestra tierra, de suyo desolada, en estas horas de gestación.

Amílcar Razori.

Amílcar Razori.—Escritor argentino contemporáneo, autor de "Campo arado".

CAMPO ARGENTINO

Al pie de una hermosa parva
y en el suelo, largo a largo,
dejo que me tueste el sol...
un mediodía de verano.

Cielo azul, nubes redondas,
un alfalfar muy lozano
y luego el campo salvaje
con cepacaballo y cardos.

Soledad e inmensidad,
esbelta fila de álamos,
las aspas de algún jagüel,
las vacas sueltas de un tambo.

Un alambrado tirante,
las varas en alto, un carro,
y hecha plata viva al sol
un montoncito de tarros.

B. Fernández Moreno.

B. Fernández Moreno.—Poeta argentino contemporáneo, autor de "Ciudad", "Campo argentino", "El hogar en el campo", "Aldea española", "El hijo", etc.

CORRAL DE LAS VACAS

Corral de las vacas.
Rumor de los tarros.
Olores de estiércol
y pasto.
Mugidos
prolongados.
Un ¡Vaaaca!
de vez en cuando.
¡Y el sol que brilla en las ubres
cae con el chorro al cántaro!

Emilio Germán Andrich.

Emilio Germán Andrich.—Poeta argentino contemporáneo, autor de "Yo y Juan Valdés".

LOS COLONIZADORES

LA FUNDACIÓN DE BUENOS AIRES

A una señal de don Pedro, batieron el parche los tambores, y abriendo calle el concurso, dejó avanzar hasta el Rollo a Juan de Ayolas, que, armado de punta en blanco, esgrimía en la mano diestra su larga espada. Llegó frente a don Pedro, hízole una breve reverencia, y volviéndose al concurso, dijo con voz clara y sonora:

—Don Pedro de Mendoza, Adelantado y Capitán ge-

neral del Río de la Plata, por gracia de Nuestro Señor el Rey Carlos V, toma posesión desta tierra, y hace su primera fundación... ¡Quien tuviere poder para contrariar el suyo, salga a plaza! — y blandiendo su larga espada, tiró cuchilladas a los cuatro vientos.

Los leales y gentiles hombres desnudaron a su vez sus espadas, y blandiéndolas, gritaron:

—¡Salga a plaza! ¡Viva el Rey! ¡Viva el Adelantado!...

El escribano Pérez de Haro, seguido de sus colegas y el juez Pavón, avanzóse hacia don Pedro, y desenrollando un pergamino, leyó el acta de fundación:

“Yo, Pedro de Mendoza y Luxán, Adelantado y Capitán General del Río de la Plata por gracia de N. S. el Rey Carlos V, fundo a la vera del Riachuelo de los Navíos la Ciudad de la Trinidad y Puerto de Santa María del Buen Aire, estando presentes todos los que en esta firman”. El escribano alargó a don Pedro el pergamino, quien, apoyándose en un almohadón que le acercó un escudero, firmó tomando la pluma de manos de Pavón. Luego puso su firma el Almirante, y tras él, todos los capitanes y caballeros.

Enrique Richard Lavalle.

Enrique Richard Lavalle.—Escritor argentino, sutil evocador del pasado colonial, autor de “Los héroes de hierro”, “Tres novelas coloniales”, “Cronicones bonaerenses”, etc.

PUERTO DE BUENOS AIRES

Indio de mis llanuras,
sin Dios, ni ley, ni ciencias,
sin industrias, sin artes,
sin arraigo en la tierra,
que al rumbo que señalan

de noche, las estrellas,
con tu matalotaje
de chicha, miel y yerbas
buscas para tu choza
nuevo asiento en la tierra:

¿qué miras a lo lejos?
 ¿en el aire, qué husmeas?
 Por el mar infinito
 once naves se acercan.
 Izan las once naves,
 tendidas, sus banderas.
 De rodillas, a bordo,
 la tripulación reza.
 Hay alboroto de alas
 en torno de las velas.

El pendón de Castilla
 la Capitana eleva.
 Redoblar de tambores
 y clamor de trompetas.
 Relinchan los caballos;
 se impacientan las yeguas.
 Moja el llanto los ojos;
 los arcabuces truenan.
 Vibran al estampido:
 mástiles, jarcias, cuerdas.

Luis Cané.

Luis Cané.—Poeta argentino contemporáneo, autor de "Mal estudiante", "Romancero de niñas", "Romancero de Buenos Aires", etc.

AYOLAS

Regresa Ayolas por fin, trayendo ídolos de barro y joyeles.

"Se me murieron casi cien en los caminos, de pura hambre, dice. Estábamos tan debilitados que velábamos con las armas en la mano y los arcabuceros con las mechas encendidas para que los indios no viesan nuestra flaqueza. Fundé en la proximidad de una laguna y de un río donde hay mucha pesca un fuerte al que puse el nombre de Corpus Christi por el santo del día."

El mismo día que murió Don Diego —recuerda Mendoza, sombrío.

"Los indios me dijeron que después de la selva, más allá de donde suena un tambor ronco, hay tesoros sepultos", murmura Ayolas.

A Mendoza le brillan los ojos de codicia. "Yo iré a escuchar esa música ciega".

Van hacia los carandays, hacia la tierra salvaje y bravía donde no se ve el cielo por la selva terrible que lo domina todo y donde las espinas y las hojas desuellan la carne, la cortan, la tajan. Donde el agua turbia y gangrenada se mueve despacio como un pulpo, y una sombra verde de sauce y de junco se desliza por el río lento.

Fué un camino marcado con cadáveres. En sesenta leguas quedaron en el río y en la tierra más de doscientos hombres.

Andan buen pedazo de tierra. Levantan el fortín de Buena Esperanza, más allá de Corpus Christi. Engañan a los indios y hacen una campaña de muerte.

Después, no encuentran ya rastros. Chozas abandonadas, ceniza de fogatas. Escarban las cenizas y hallan metal. ¡Los ojos cómo brillan!

Encuentran a un cristiano perdido en la selva. Dice que más allá está el Río de las Perlas donde hay indios que llevan collares de piedras azules y verdes de terrible brillo.

Dice que más allá grandes flecheros que arrojan dardos emponzoñados con hierba mortal, custodian una ciudad de murallas de plata.

“Tú irás, Ayolas, a esa tierra a descubrir su misterio. ¡Cómo quisiera acompañarte! Pero estoy llagado y enfermo. En ti pongo mi esperanza más firme. Quizá no nos veamos más. ¿Mis días no son acaso una poca cosa?

“Guárdate de las gentes de que yo me guardo y que tú bien conoces y fíate de los amigos en quienes yo confío.

“Busca la ciudad de las murallas de plata, bien sabes que toda mi esperanza es en Dios y en ti.

“Si entrases tan adentro que encuentres a Almagro o Pizarro procura de hacerte su amigo y si Diego de Almagro quisiera dar porque le renunciara la gobernación que ahí tengo de esas costas y de las islas, ciento y cincuen-

ta mil ducados como dió a Pedro de Alvarado porque se volviere a su tierra, acéptalos.

“Y aunque no sean sino cien mil hazlo si no vieres que hay otra cosa que sea más en mi provecho no dejándome morir de hambre.

“Y si es así prometo darte, para que vivamos juntos, ocho mil ducados, y si Dios te da alguna joya o alguna piedra no dejes de enviármela, porque tenga algún remedio de mis trabajos y de mis llagas.

“Y si no les basta a Pizarro o Almagro lo que les doy, haz la contratación por todo el Río de la Plata también y sea por todo lo más que puedas.

“Te esperaré allá y si no llegares tendré que partir para España, por mi mal. Si así sucede te dejaré por mi lugarteniente de Gobernador y Capitán General. Haz de manera que por toda vuestra vida seas gobernador, acordándote primeramente de Dios y después de mí.

“Atiende estos consejos graves. Mucho quisiera poder hablarte más, pero mi dolencia y el tiempo no dan lugar a que espere más de lo esperado”.

—Mi sangre es vuestra, señor —respondió Ayolas— y he de verterla en esta trabajosa empresa. El Señor ha de protegeros y podréis llevar a España gloria y riqueza.

Brilla una lágrima en las profundas pupilas de Mendoza. Ayolas cae de rodillas y besa su mano.

E. González Trillo. — L. Ortiz Behety.

E. González Trillo.—L. Ortiz Behety.—Escritores argentinos contemporáneos, autores de “Puerto Hambre”, “Querencia de Buenos Aires”, “Tierra de las estrellas en cruz”, “Substancia de muerte”, etc.

ASUNTOS HISTORICOS

LA BANDERA

Hela ahí, legítimamente orgullosa. Hela ahí, eterna como los cielos que trasunta, inmutable como la soberanía que representa, serena como la nacionalidad que simboliza, a la vez triunfal y benigna, desconocida de las derrotas y camarada de la victoria...; hela ahí, ondeando jubilosa en su armonía tricolor de firmamento y sol, más sagrada que todos los lábaros del mundo, ¡arriba los corazones para escuchar esta verdad inmensa!, más sagrada que todos los lábaros del mundo, porque jamás tremoló sobre el dolor de los vencidos, sin recoger al mismo tiempo la bendición de los libertados...; hela ahí, magnífica de anterioridades, porque cuando nació, tal fué de solidaria para con los oprimidos y de castigo para los opresores, tal de americana su misericordia, que era como si los Andes fueran su asta y todo el cielo su trapo...; hela ahí orgullosa de su duplicado simbolismo, como que tiene a la libertad por madre y a la libertad por fruto...; hela ahí, soldados de la República, lista para cobijarnos como un dosel en las jornadas fecundas de la paz o para conducirnos, si el caso llega, con la serena precisión de un águila que vuelve al nido a su eminencia familiar de triunfos y de glorias!...

Belisario Roldán.

Belisario Roldán.—Poeta, político y orador argentino, autor de notables obras dramáticas como “El rosal de las ruinas”, “El puñal de los troveros”, “Rozas”, “El señor corregidor”, etc.

ORACIÓN AL HIMNO

Fué grito argentino de guerra. Es canto de redención y de amor el himno secular de la patria. Inflamó a nuestros padres en la lucha creadora y empujará siempre a nuestras legiones; ráfaga de epopeya que impone la vida con gloria o la gloriosa muerte.

¡Sea latido ardiente en nuestros hijos, ritme obras preclaras de cultura y suene para todos los hombres, coro de esperanzas y de concordia!

El clamoreo de los combates ya no vibra en sus estrofas. Las voces pueriles lo modulan en auroral saludo, la viril muchedumbre lo entona anhelante de grandeza y asciendo augusto con fraternal llamado a los libres del mundo. Nació arrogante. Su poeta lo recogió de las ansias populares para entregarlo a ellas. ¡Bardo de la Argentina: disteis a los soldados lira de plata sonora como nuestro nombre y habéis interpretado, también, las pasiones generosas de nuestro pueblo!

El ardor de sus versos no es hosco arrebató de odio ni de venganza, sino llama encendida por la libertad y la democracia. La melodía de sus acordes carece de agrias notas. Es majestuosa y grande; dilata sus ondas musicales con la unción de un salmo, y sus tonos, más solemnes que bélicos, infunden emoción religiosa. Al son de sus serenos compases la República Argentina "coronada su sien de laureles" debe marchar esparciendo ejemplos de paz, de solidaridad y de justicia.

¡Himno coreado por los guerreros: Presidisteis nuestra liberación y la de las naciones hermanas, mantuvisteis la unidad argentina a pesar de dolorosas conmociones, nos llevasteis emancipados al orden y al trabajo!

¡Impregnad ahora con vuestra armonía la tierra re-

movida! ¡Himno secular! Como el sol y las lluvias fecundadoras de la simiente, haced germinar hondo el amor nacional en el rústico pecho de los labradores y de los pastores. Henchid el alma de los ciudadanos con los acendrados ideales que inspiran vuestros versos y radiad con dulzura en el corazón de los niños el calor maternal de la patria.

¡Himno secular! Derramad en todos los tiempos con vuestras notas, las virtudes antiguas de nuestra familia: la abnegación y el amor, la unión y el respeto. Sed chispa perenne que trasmita de una a otra generación las tradiciones y la moral profunda del hogar. Sois eco de “grito sagrado” y lírico carmen de igualdad, asociad aquí a los hombres, atenuando el egoísmo y la codicia, para que cada uno coseche su sembrado y el oro no provoque divisiones iracundas. ¡Sed cantado por los ancianos y la calma de sus días postreros, y erguida la corva senectud evoque a los descendientes la venerable imagen de los padres fundadores! ¡Sed cantado por los jóvenes, entre el rumor de la faena con el recio acento de los fuertes, y por las doncellas que lo elevan puro de sus labios virginales! ¡Sea cantado por las madres que llevan en su seno generador la fuente de la raza! ¡Sea latido ardiente en nuestros hijos; ritme obras preclaras de cultura y suene para todos los hombres, coro de esperanza y concordia!

Carlos Ibarguren.

Carlos Ibarguren.—Escritor argentino contemporáneo, autor de “Juan Manuel de Rosas”, “De nuestra tierra”, “Estampas de argentinos”, “Historias del tiempo clásico”, etc.

SAN MARTÍN

¡Tú, que redimiste tres países, que cruzaste con tus ejércitos por donde las águilas cuelgan sus nidos; que signaste con tus triunfos el alegato más gigantesco que por la

libertad humana haya suscrito jamás la espada de un guerrero, en todos los días vividos de la Historia Universal; tú, San Martín, tres veces insigne, tienes aquí en la noble Francia —en Boulogne Sur Mer— tu monumento a orillas del mar!

¡Séate propicio el murmullo de ese mismo mar que arrulló tus últimas nostalgias; que las olas que lleguen rumoreando a quebrarse en estas altas playas, traigan, hasta tu monumento, un eco de la tierra bien amada, un solemne latido de la Patria; y que allá, en los más lejanos días del porvenir, cuando sobre el polvo de todos nosotros haya pasado rodando la caravana implacable de los años, y al beso de los soles y las lunas haya envejecido esa frente de bronce, aquellos hijos de nuestros hijos, que recorren la Europa y lleguen a posar su planta de hombres libres en este rincón sagrado del mundo, sientan descubierta la cabeza y arrodillada el alma, temblando en sus corazones las plegarias sin palabras de todas las gratitudes!

Belisario Roldán.

ROMANCE DEL 9 DE JULIO

.....
Pero llegando venían
heroicos, sagrados tiempos.
Tiempos de nuevo heroísmo,
tiempos de gran juramento.
—¿Adónde vais, postillones?
¿Adónde vais, mensajeros?
—Hasta Cuyo y hasta Charcas,

con oficios que nos dieron.
Buenos Aires convocó
las provincias a Congreso,
y en Tucumán ha de ser
donde lo tengan los pueblos.
—Con Dios vayáis, postillones.
Con Dios vayáis, mensajeros.

De todas partes salían,
de todas partes vinieron,
hombres de aquellos de antaño,
de oro, de quebracho y hierro.
Rodaban las diligencias
por esos campos desiertos.
Casacas color de grana,
manteos de doctos clérigos,
sayales de lindos frailes
y birretes de maestros:
en mulas y diligencias,
aquestos son los arreos.
—¿Adónde vais, señorías,
señores de valimiento?
—Vamos a salvar la Patria,
palabra heroica diciendo...
Vamos a quemar las naves...
Por perdidos, venceremos.
—Dios os guíe, Dios os guíe,
diputados de los pueblos.

Veinticuatro era de marzo
de ese año décimosexto
(Tucumán, testigos son
de lo que digo tus cerros),
cuando veintiún cañonazos

saludan al sol naciendo.
Cañones son que rodaron
por todo el Norte guerrero,
que de victorias tamañas
y de derrotas supieron.
¡Por eso tienen la voz
mitad de gloria y de duelo!...
Así en el día que digo
era abierto aquel Congreso.
Dejad que os muestre la casa
guardada de alabarderos.
De dos aguas el tejado,
el portal, con ornamento;
pasando el portal, el patio:
cuadrado patio de alero.
Ventanas que al patio dan,
y algún rosal por los hierros.
Al frente mismo el salón,
como no hay otro aposento:
que echando un tabique abajo
con dos uno solo hicieron.
Así lo quiso la Patria,
así lo tenga el Congreso.
Los dueños de tal mansión,
familia de cuño viejo.
Por eso esta paz de hogar,
y este aroma solariego,
y ese naranjo que veis,
y allá a los fondos el huerto;
y esos muebles, y esos grises
retratos de los abuelos,
y esas mesas y alacenas,
y esos serviciales negros
que a los diputados brindan,

en los cuartos intermedios,
jícaras de chocolate
o mate con bizcochuelos.

.....

Arturo Capdevila.

Arturo Capdevila.—Poeta argentino contemporáneo, autor de “Mel-pómene”, “El libro de la noche”, “La fiesta del mundo”, “Córdoba del recuerdo”, “Romances argentinos”, etc.

ROMANCE DEL EJÉRCITO DE LOS ANDES

Aquí está el valle de Mendoza
y allá delante están los Andes.
Hora de los guerreros:
levántate.

Saliendo van las divisiones
en ese enero memorable,
a trasponer la cordillera
—¡adiós, gigantes!—
por Uspallata, por los Patos,
por el Planchón, por Olivares.
Repican todas las campanas.
Hecho plegaria vibra el aire;
el cielo todo que les dice:
¡Adiós, titanes!

Cuatro mil hombres son los héroes:
los de Las Heras, los de Crámer,
los de Alvarado, los de Conde...
Y más de mil los auxiliares.

Diez veces cien las buenas mulas
de silla y carga, y dos millares
son los caballos de pelea
de noble sangre.

Hora de los guerreros:
levántate.

Y las campanas cantan,
ya triunfales:
¡Viva el ejército
de los Andes!

.....
Pero ya suenan las trompetas...
—¡De frente... marchen!

Y San Martín monta a caballo.
Y aquel gentío aplaude.

Y dice el Héroe contemplando
abajo el valle:
—Adiós, Mendoza, ilustre y fuerte.
Adiós, gloriosa. Ya se parte
tu capitán a sus batallas.
¡Dios la victoria le depare!

Y comenzaron las jornadas
formidables.

Y según iban avanzando
montes arriba, ya tornábase
aquella tierra de montaña
como de fieros pedernales.

.....
Y anda el ejército su ruta
siempre adelante,

y es como un friso en los recuestos
de la montaña dibujándose.

Y aquí se tuerce, allí se enrosca,
allá se pierde en lo distante,
ora repecha por un monte,
ora descende por un valle.

Y el viento sopla en los picachos,
ululante;

el viento frío que lastima
ya como el filo de los sables.

¡Oh! ¿Qué decir, gente argentina,
qué grito dar en el romance?

¡Viva el ejército
de los Andes!

.....
Suenan el tambor en la montaña,
grita el clarín su grito de ángel.

Y responden los cóndores,
los cóndores alzándose.

Y allá prosiguen sus jornadas
los batallones inmortales
por entre las desolaciones
y sustos de los cráteres.

Suelta la bruma en las laderas
apariciones fantasmales,
húmedas todavía de la noche
y en hilachas sus clámides.

Y entre las brumas van las tropas,
ya irreales.

Hombres y bestias como en limbos
de sueños grises deslizándose.

¡Cuidado allá! Negros consejos
se dan los negros barrancales.

¡Cuidado allá con los fantasmas
que del abismo salen,

y con las lívidas envidias
que al rastro se echan como canes!
Pero ellos pasan; ellos siguen,
invulnerables,
de las cegueras de las nieblas
al fin triunfantes.
Y los acoge el viento abierto,
y los abraza el viento unánime,
y los abriga el sol valiente
de aquellas cumbres y esos valles.
¡Oh! ¿qué dirá, argentinos,
el eco del romance?
Dirá: ¡Viva el ejército
de los Andes!

Arturo Capdevila.

BERNARDINO RIVADAVIA

Rivadavia queda para la posteridad como una de las más altas figuras de nuestra historia civil. Su vida es una lección de moral y de energía, harto digna de ser señalada a las generaciones del presente. Nadie más sincero, más patriota, más orientado hacia el bien, que este varón probo y generoso: voluntad férrea y coercitiva, allá en las horas inciertas del Triunvirato; mente creadora y directriz, en los años de su ministerio histórico; espíritu extraviado por un falso miraje, pero exento de pequeñez y de toda pasión innoble, en los días difíciles que precedieron a su angustioso descenso, cuando concibiendo a su modo la

grandeza de la patria, arrojóse todo entero a la ardua empresa en que había de sucumbir, sin duda porque, como dice el más justo y acertado de sus historiadores, “el mal era más fuerte que el remedio”.

No hay sobre nuestro suelo quien no le deba la ofrenda sagrada de su gratitud. Débensela los hombres y las cosas, ya que todos benefician de la previsión insigne que anidara en aquella mente tutelar. Vinculados están a su memoria todas las instituciones y los seres que componen nuestro organismo de Nación: el gobierno representativo, que el fundó; el ejército, cuya grandeza fundamentó; la Universidad antigua sacándola a la luz de nuevas disciplinas; el clero que le conceptuara su enemigo y a quién él quiso simplemente dignificar imponiéndole tan sólo la legítima tutela del Estado; la tierra, que guardó con celosa probidad; el comercio y la industria, cuya libertad proclamó; la mentalidad nacional, que fomentó en la labor investigadora de los hombres de ciencia, en el pensar de los filósofos y en la canción de los poetas; la imprenta, que liberó de censuras agraviantes; los hombres de naciones extrañas, para quienes amplió nuestra hospitalidad; la raza de color, que redimió de su vieja ignominia; la mujer argentina, de quien hizo su aliada y a quien amó en sus virtudes cardinales: el sentimiento del hogar, la exquisitez de la cultura, el evangélico ejercicio de la caridad... los muertos, los mismos muertos a cuyas cenizas procuró el decoro de la piadosa urna, erigiendo la ciudad apacible donde ahora reposan... repose él, a su vez, de su vasta, ímproba jornada, viendo, desde su altura de inmortalidad, cómo florecen sobre el suelo nativo las semillas que arrojó al pasar: Y sea ésa —ya que en vida sólo alcanzó la injusticia, la negación, el olvido— la única recompensa para quien buscara austeramente, en el espacio de su agitada

existencia, la ventura de su pueblo, siempre encendido por el ideal de una magna patria y por el gran amor de su tierra.

Alvaro Melián Lafinur.

Alvaro Melián Lafinur.—Escritor argentino contemporáneo, autor de "Literatura contemporánea", "Sonetos y triolets", "Figuras americanas", etc.

LA PRESIDENCIA DE URQUIZA

El general Justo José de Urquiza, caudillo y gobernador de Entre Ríos, al frente de las fuerzas coaligadas de su provincia, Corrientes y Santa Fe, y con elementos aliados del Uruguay y el Brasil, derrotó completamente al ejército de Rozas en los campos de Monte Caseros, el 3 de febrero de 1852. El dictador de Buenos Aires huyó al extranjero y sus secuaces y partidarios se dispersaron. El vencedor quedaba dueño del campo de la lucha militar y política; la ciudad de Buenos Aires se preparaba a recibirle con las palmas de la victoria. Ya al día siguiente de la batalla, reservándose él la representación de la República, nombró gobernador interino de Buenos Aires a don Vicente López y Planes, el venerado anciano autor del *Himno Nacional*, que desempeñara durante la tiranía el alto puesto de presidente del Supremo Tribunal de Justicia. El gobernador interino debía llamar a elecciones para constituir el gobierno de la provincia y organizarla. Y, sin restricciones de ningún género, declarando que "no había vencedores ni vencidos", el general Urquiza permitió la vuelta de los emigrados unitarios y antirroquistas al querido suelo de la patria.

.....
La posición de las fuerzas vencedoras, acampadas fren-

te a Buenos Aires, no era ya necesaria ni prudente. Cumplido su objeto, el general Urquiza dispuso su disolución, a fin de que sus hombres volvieran a sus respectivas provincias de Entre Ríos, Corrientes y Santa Fe, y a sus países los elementos aliados del Uruguay y el Brasil. Según arregló con el gobernador interino, antes debían entrar triunfalmente y revistar en la ciudad de Buenos Aires, como apoteosis de la campaña. Fijado para esta fiesta el día 19 de febrero, la ciudad se embanderó y se cubrieron de ramas y de flores las calles por donde pasaría el ejército. Toda la población, rota una dictadura que durara diez y siete años, acudió jubilosa a saludar a los vencedores. Encabezábalos el general Urquiza, con su brillante uniforme de parada recamado de oro, pero envuelto en un ancho poncho y de sombrero de copa. Atronaron el aire los aplausos, los vítores, los clarines de los batallones en marcha y las salvas de la artillería. El pueblo se sentía doblemente dichoso: había caído una dictadura, y la que luego temiera, declinaba voluntariamente el imperio de la fuerza y se retiraba con sus tropas. ¡Al fin reinaría otra vez la libertad, conseguida a costa de tantos sacrificios y tanta sangre!

Carlos O. Bunge.

MITRE

Aquel joven militar, llegado de lejano y largo ostracismo a batirse en Caseros, reaccionario al día siguiente contra la política de absorción atribuida al libertador, había agrandado su reputación al servicio de su país y alzado su figura romancesca sobre los jóvenes y ancianos de la República.

Su altiva presencia acusaba la firmeza de su carácter y la seguridad de su acción. Su frente austera y pensadora revelaba un espíritu meditador.

Concluída la batalla, ocupó la tribuna parlamentaria, sostuvo convicciones desde los baluartes de la prensa diaria, cautivó a las multitudes hablando en la plaza pública, peleó en las calles de la ciudad y salvó a Buenos Aires del asalto enemigo, salió a campaña y contuvo a la invasión y la montonera; llamado a los consejos de gobierno, fué en ellos arquitecto y obrero, escuchado en las dificultades internas y requerido en las cuestiones externas, y en esta vida múltiple, afanosa y respetable, de constante esfuerzo y hondas preocupaciones, no le faltó tiempo para escribir Historia, publicar las Rimas, cultivar su talento literario, mostrándose siempre luminoso, oportuno, decidido, acertado, suficiente y vibrante, sin una palabra ni una actitud falsas, siempre con algún concepto que se recogía como una síntesis, como una proclama o como una conducta.

Autodidacta, obra de sí mismo forjada en la adversidad, era un doctrinario lógico y continuo en sus principios. Su espíritu, por comprensión y plenitud, abarcaba todos los problemas de su país y de su tiempo.

La República conocía a sus militares únicamente por su valor y su pericia en los combates. Mitre rompió el molde común y tradicional; fué una revelación inesperada, atrayente y dominadora. Por la diversidad de sus aptitudes, el temperamento adaptable a las circunstancias y la inteligencia a las necesidades más distintas, despertó simpatías, infundió respetos y arrancó admiraciones.

Se destacó en su medio como un soldado de condiciones excepcionales, cuyos méritos nadie desconocía, y cuya autoridad a nadie inquietaba por la circunspección y la mesura.

Era el más militar de los civiles, y el más civil de los militares.

Ramón J. Cárcano.

Ramón J. Cárcano.—Historiador argentino contemporáneo, autor de "Juan Facundo Quiroga".

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

Sarmiento luchó por la libertad de su pueblo. Atacó la ignorancia y la pobreza desde su raíz. Atacó la ignorancia predicando la cultura y enseñando él personalmente. Atacó la pobreza, predicando el trabajo y haciéndose, él mismo, obrero, obrero del pensamiento y obrero manual, introduciendo industrias y fomentando de mil modos la producción de la riqueza. Importó sabios y sementales, e hizo la segunda colonización de América. Fué un genio latino.

Sarmiento fué el paladín de la libertad. "Todos los tiranos llevan mi marca", dijo. Y alguien le contestó: "Y todas las escuelas llevarán su nombre". Su ternura por los niños, las plantas y los animales, lo acercan a Jesús y San Francisco.

Sintió hondamente la emoción de la nacionalidad. Dió a la Argentina, la conciencia de su valer. El hacía más que el camino; hacía el camino y el puente, y la multitud pasaba.

Veneraba la sabiduría; tenía esa cualidad esencial del hombre público: el desinterés; y nunca aprendió a mentir. Creyó cuando nadie creía; esperó cuando nadie esperaba. No temía errar, no vacilaba, no dudaba. Sarmiento fué definitivo. No decía "quizá", "tal vez", como los débiles; decía "sí", y decía "no". Su alegría era épica, triunfal. No sonreía, reía, sabía reír. Su vida fué una eterna juven-

tud. Sabía escoger su admiración: Rivadavia, San Martín y Paz. Cuando nombraba a este último, hacía la venia militar o se quitaba el sombrero.

Todas nuestras instituciones están penetradas por su espíritu. Fué periodista como complemento del maestro, para extender su labor docente, para agrandar su escuela, para divulgar.

Su presidencia fué dramática por las revoluciones, pestes, atentados y peligros. Al asumir su gobierno se educaban treinta mil niños y al bajar cien mil. Su gobierno revienta las calderas, ferrocarriles, escuelas, bibliotecas, observatorios astronómicos, sabios importados.

Sus rasgos salientes de hombre público son: su amor a la paz, su espíritu nacionalista y su vocación de educador.

Sarmiento llegó a la vida argentina en el momento necesario, como si hubiera sido anunciado por los profetas. Murió a los 77 años, pero vivió como 200.

Sarmiento, con su genio y su voluntad, realizó la triple fortuna del héroe: supo, quiso, pudo.

Octavio R. Amadeo.

Octavio R. Amadeo.—Escritor argentino contemporáneo, autor de "Vidas argentinas".

ASUNTOS DE GEOGRAFIA

EN LAS MONTAÑAS DE LA RIOJA

Allí la noche tiene lenguaje y tinieblas extraordinarios. El viajero marcha inconsciente sobre la mula, por entre bosques de árboles gigantescos y casi desnudos, que, al

aproximarse en la oscuridad, se asemejan a espectros alineados que esperasen al caminante para detenerlo con sus manos espinosas. Se siente a su aproximación ese frío que inmoviliza y espeluzna, con la imaginación excitada por el terror de lo desconocido, nos figuramos vagar entre los muertos.

¡Y qué soledad tan llena de ruidos extraños! ¡Qué armonía tan grandiosa la de aquel conjunto de sonidos aunados en la profunda noche de la altura! El torrente que salta entre las piedras, los gajos que chocan entre sí, las miríadas de insectos que en el aire y en las grietas hablan su lenguaje particular, el viento que cruza estrechándose entre las gargantas y las peñas, las pisadas que resuenan a lo lejos, el estrépito de los derrumbaderos, los relinchos que el eco repite de cumbre en cumbre, los gritos del arriero que guía la piara por entre sombras densas, como protegido por genios invisibles, cantando una vidalita lastimera que interrumpe a cada instante el seco golpe de su guardamonte de cuero y ese indescriptible, indescifrable, solemne gemido del viento en las regiones superiores, semejante a la nota de un órgano que hubiera quedado resonando bajo la bóveda de un templo abandonado: todo eso se escucha en medio de esas montañas, es su lenguaje, es la manifestación de su alma henchida de poesía y de grandeza.

Esos músicos de la montaña, los vientos, como artistas novicios, se ocultan para entonar sus cánticos. La luz los oprime, los coarta, como si vieran un auditorio en los demás objetos de la selva porque, en las noches de luna, cuya claridad ilumina los huecos más recónditos, la escena cambia como movida por un maestro maravilloso.

Los estruendosos acordes, los “crescendos” colosales, los rugidos aterradores que surgen del fondo de las tinieblas, se convierten en melodía dulcísima y suave, casi soñolienta, como si todos los seres que allí viven tuvieran mie-

do de turbar la serena marcha de esa sonámbula del espacio, que, desplegando blancos tules, cruza sobre las montañas, las llanuras y los mares.

Joaquín V. González.

Joaquín V. González.—Estadista y escritor argentino (1863-1923), autor de "Mis montañas", "La tradición nacional", "Fábulas nativas", etc.

SAN JUAN

La característica de San Juan es el contraste. En su territorio alternan la montuosidad salvaje con oasis y valles de vegetación magnífica. Allí donde el agua falta, el paisaje está hecho de cactus, médanos y pedregales, pero donde alcanza el riego revientan los follajes, verdean los ópimos viñedos y se extienden risueñas las campiñas entre hileras de álamos y sauces.

Esta otra faz del panorama de la tierra de "cuyunches", como los designaban los araucanos (Cuyo en esta lengua significa arena), debía también reflejarse en el carácter y la mentalidad de los autóctonos. Y si bien es cierto que San Juan ha dado apenas artistas, ¿no ha producido en cambio por lo menos un gran escritor y algunos de los estadistas que más han gravitado sobre los destinos de la Nación?...

No quedan en el presente entre los pobladores de la provincia muchos vestigios indígenas; y apenas en las regiones apartadas acusan a veces las fisonomías humanas cierta supervivencia de los rasgos aborígenes. El español impuso pronto su civilización, su tipo y sus costumbres, hincando tan hondamente todo ello en la tierra conquistada, que el cuño conquistador predominó. La fusión de

aquellos dos elementos étnicos, el indígena y el hispano, modificados ligeramente por otros aportes inmigratorios, ha producido una casta de hombres vigorosos, taciturnos, díscolos, huraños, curtidos por el contacto con la naturaleza, y agresivamente apegados a su terruño, cuyo horizonte físico y espiritual circunscriben y estrechan los montes circundantes.

Ellos son los que, con el extranjero sobrio y tenaz, han hecho del San Juan de hoy una de las provincias más florecientes de la República, desde el punto de vista industrial. Constituyen su riqueza, en primer término, los inmensos viñedos que producen millones de hectolitros de vino. Sus grandes bodegas pueden servirles de modelo a muchas europeas, en lo referente a la perfección de sus instalaciones mecánicas y técnicas...

Sea de todo ello lo que fuere, si la San Juan de la tradición sangrienta, los paisajes áridos, las pasiones indómitas y el ambiente de catástrofe tiene su tradición, tiénela también la de los vergeles y los sembradíos, la de las acequias cantarinas y los frutos dulcísimos, la de las mujeres valerosas y los hombres enérgicos.

Juan Pablo Echagüe.

Juan Pablo Echagüe.—Escritor argentino contemporáneo, autor de "Prosa de combate", "Una época del teatro argentino", "Tres estampas de San Juan", "Por donde corre el zonda", etc.

TUCUMÁN

He contemplado las selvas de Francia, los bosques de Italia y aquellos pinos gigantes que en los Alpes suizos nacen en el abismo y levantan su cabeza buscando la vivificante luz del sol. Todo es pálido, todo cede ante la opulencia agobiadora del suelo tucumano. Hay algo de inten-

samente primitivo en esa grandeza salvaje; parecen restos de otras épocas perdidas en la edad del mundo, y para encontrar una vaga analogía en el espectáculo, se necesita recordar las ilustraciones que traen los libros de los viajeros de la India.

Laureles gigantescos, cuyo tronco formidable mide tres o cuatro metros de circunferencia, levantándose al cielo arrogantes y esbeltos lianas y enredaderas monstruosas que los cubren por completo, cayendo desde su copa en brazos sueltos de cinco o seis pulgadas de espesor, meciéndose lánguidamente bajo la acción del viento; miles de parásitos incrustados en el árbol y viviendo de la generosa vida del gigante, especie de cactus arraigados en la bifurcación de sus brazos, conservando en su espléndido tallo el agua fresca y cristalina que apagaría la sed del viajero, si un arroyo que parece correr sobre un lecho de diamantes no bajara serpenteando caprichosamente; naranjos silvestres que embalsaman el aire y encantan la vista con sus frutos de oro y sus hojas de un verde oscuro que contrastan bellísimamente con el claro color del nogal silvestre, que a su vez parece pugnar en tamaño con los titánicos laureles; el arrayán, que ostenta su pequeña fruta roja, como rubíes engarzados en hojas de esmeraldas una vegetación vaga, indefinida, indescriptible que se levanta confundida hasta veinte pies del suelo, con sus mil colores, con sus flores de toda especie; precipicios profundos a ambos lados del camino, cuyo fondo no se alcanza a ver, porque las copas de los árboles que arrancan de su lecho se elevan hasta la cumbre en que marcháis, formando un velo impenetrable a cuya sombra parece entregarse la Naturaleza a las misteriosas y secretas ansias de la fecundación; y luego allá, a lo lejos, al pie de la montaña, el valle entero de Tucumán, surcado por mil ríos que dibujan sobre el verde elegantísimos filamentos de plata...; ¡he ahí los elementos de ese

cuadro que hace inclinar la cabeza, que ensancha el corazón y acelera la sangre entre las venas! !

Miguel Cané.

Miguel Cané.—Escritor argentino (1851-1905), autor de "Juventud", "Charlas literarias", "Prosa ligera", etc.

EL ESTRECHO DE MAGALLANES

La proximidad del Estrecho era perceptible: la anunciaban las variaciones de la temperatura, la frecuencia de los nubarrones, el movimiento de las corrientes encontradas y las bandadas de albatros...

A proporción que avanzábamos crecía nuestra admiración.

Ora nos cobijaba una nube parduzca que se deshacía en raudales de agua; ora nos cubría un cielo brillante; ora pasaba el buque por debajo de un grandioso arco-iris apoyado en los cerros de ambas orillas. Aquí una brisa templada recuerda la primavera; más adelante una ráfaga de viento helado advierte la presencia de un eterno invierno...

Poco a poco el canal se estrecha, el buque se aproxima a las montañas y penetramos en la oscuridad de un claustro gigantesco; la corriente arrastra hierbas, miríadas de pájaros se calientan en los islotes del estrecho, lobos marinos asoman su cabeza por entre el agua espumosa y a la distancia se divisan unas canoas tripuladas por los indios cuyos cantos salvajes perturban el silencio imponente de aquella soledad amortajada por las brumas de las nieves seculares; son las frágiles canoas de los fueguinos que hacen negocios de trueque con sus vecinos de la orilla opuesta, los patagones...

¡Quién podría dar forma a las ideas que inspira aquella región inerte, olvidada, melancólica!

¡Quién podría acertar a darle otro nombre que el de la patria de la nostalgia!

¡Esa región salvaje, hermosa, laberinto de canales y de cerros, da testimonio de la fuerza de voluntad de Magallanes! La magnitud y dificultades de la empresa están señaladas en los mapas con los nombres de los lugares descubiertos por el navegante portugués: Bahía de los Muertos, Bahía del Hambre, Bahía de la Desolación. Pero ni el hambre, ni la desolación, ni la muerte detuvieron a aquel puñado de aventureros: el camino que liga el Pacífico con el Atlántico, es el fruto de su inquebrantable arrogancia.

Santiago Estrada.

Santiago Estrada.—Escritor argentino del siglo XIX, autor de crónicas de viaje y de la novela "El hogar en la pampa".

CÓMO SE NAVEGA EN EL ALTO PARANÁ

El alto Paraná tiene un curso muy serpentino, pero siguiendo la dirección N. S.

Se observa que cuando en una de las costas se forma un gran arco de círculo entrante, la de enfrente, presenta lo contrario, es decir, una punta saliente, naturalmente redondeada, que corresponde a aquél. Por esta disposición se produce un efecto de óptica curioso, pues en la mayor parte de esas acciones, que los marinos de allá llaman *canchas*, cuando se navega por ellas, sobre todo aguas arriba, parece que el río se fuera a cerrar en las puntas esas.

Todas esas canchas tienen su nombre, el mismo generalmente de los arroyos que de una u otra costa desembocan allí. Los baqueanos o prácticos las clasifican en buenas y

malas, según la mayor o menor abundancia de piedras que hay en ellas y por la calidad de los remolinos o malos pasos que tienen.

Los baqueanos tienen el mapa del río completamente grabado en la cabeza y gracias a las grandes bajantes del Alto Paraná, cancha por cancha, aun cuando esté muy crecido, saben señalar las restingas y bancos de piedra, con una exactitud matemática.

Además, poseen un conocimiento profundo de las aguas, sabiendo distinguir por el movimiento de ellas, hallándose muy crecidas, las piedras o los pasos peligrosos y el lugar donde las caídas son bastante fuertes para arrastrar el vapor hacia las restingas.

Cuando está bajo el río, la navegación es magnífica; todas las piedras y restingas emergen del agua, mostrándose erizada de puntas, con sus grandes bloques negros de melafiras y demás rocas eruptivas o los bancos grises, en graderías de basaltos, con sus cantos redondeados y presentando mil agujeros en su superficie que el agua siempre ahonda más y más, haciendo jugar en su interior cantos redondos de todas formas y tamaños.

Juan B. Ambrosetti.

Juan B. Ambrosetti.—Escritor argentino, profundo investigador del folklore, autor de "Supersticiones y leyendas".

VIAJE A SALINAS GRANDES

Faldeábamos los médanos, aún a riesgo de no llevar la dirección más corta, porque es imposible caminar entre las arenas sin quedar a pie.

Los médanos que recorremos tienen abundantes depósitos de líquidos en sus entrañas, ya visibles, ya próximos a la superficie en la cual se derraman al herir con el bastón el seno del cono de arena, receptáculos bienhechores

que se suceden casi de legua en legua y a los cuales se lanzan frecuentemente las tropillas aguijoneadas por los zancudos y por los tábanos.

En el terreno firme, cuando las lagunas son saladas, basta cavar pozos de un metro de profundidad para obtener agua potable, lo que explica la gran cantidad de jagüeles abiertos por los indios a lo largo de su secular *rastrillada* o senda.

Poco a poco el terreno cambia de aspecto y ondula violentamente. Nos aproximamos a las Salinas Grandes. El que jamás ha visto una salina experimenta una sensación grata al coronar las altas cuchillas cuyas barrancas sirven de muralla a las *Salinas Grandes*.

Las cuchillas, algunas de las cuales miden hasta 30 metros de elevación, se inclinan hacia la olla formando taludes agrestes, escarpados, rocallosos y salpicados de arbustos espinosos, unidos entre sí por parásitos y zarzas.

Pero la vista apenas se detiene en el pintoresco panorama, porque en el centro de la olla, la salina misma le atrae con su novedad, con su centro cubierto de agua profunda que los vientos y las brisas agitan suavemente.

Como un marco de bruñida plata, ajustada a los bordes de la líquida, se extienden los depósitos de sal común, cuya amplitud varía de 100 a 200 metros. El conjunto forma un colosal espejo, con bordes altos, que nos deslumbra. En los mismos mantos de sal aparecen de trecho en trecho las *flores de las salinas*, copos preciosos de rosado color.

Reinaba una sequía extraordinaria desde ocho meses atrás, según todos los datos de los indios, razón que explicaba la escasa superficie ocupada ahora por las aguas.

Estanislao S. Zeballos.

Estanislao S. Zeballos—Estadista y escritor argentino, autor de "Reilmú", "Viaje al país de los araucanos", etc.

INDICE

Pág.

PARTE PRIMERA

Cuentos para ser relatados

<i>Indicaciones de los programas del Consejo Nacional de Educación</i>	9
Don Cuervo y Don Raposo, <i>Azorín</i>	9
La miel silvestre, <i>Horacio Quiroga</i>	12
Los cazadores de ratas, <i>Horacio Quiroga</i>	15
La obligación, <i>Antonio de Trueba</i>	17
Recuerdos de un viaje, <i>Antonio de Trueba</i>	23

PARTE SEGUNDA

Fábulas para ser explicadas

<i>Indicaciones de los programas del Consejo Nacional de Educación</i>	28
El lobo y la oveja, <i>Félix M. de Samaniego</i>	28
La encina y el rosal, <i>Ramón de Campoamor</i>	29
El sobrio y el glotón, <i>Concepción Arenal</i>	30
El arroyo, <i>Juan E. Hartzenbusch</i>	31
El papel y el trapo, <i>Miguel A. Príncipe</i>	31
El sol y el polvo, <i>Rafael Pombo</i>	32
El astrónomo y el mendigo, <i>Juan E. Hartzenbusch</i>	33
La codorniz, <i>Félix M. de Samaniego</i>	33

PARTE TERCERA

INICIACIÓN LITERARIA

Poesías para ser recitadas

<i>Indicaciones de los programas del Consejo Nacional de Educación</i>	35
Sol de la mañana, <i>Rafael Alberto Arrieta</i>	35
A la patria, <i>Estanislao del Campo</i>	36
Patria, <i>Leopoldo Díaz</i>	37
Gato embotado, <i>Enrique Banchs</i>	37
Caperucita, <i>Francisco Villaespesa</i>	39
La abuelita, <i>Manuel Gutiérrez Nájera</i>	40
Los extremos se tocan, <i>Ramón de Campoamor</i>	40
Beati possidentes, <i>Carlos Fernández Shaw</i>	41

PARTE CUARTA

Lecturas necesarias para el desarrollo de los temas de conversación.

<i>Indicaciones de los programas del Consejo Nacional de Educación</i>	42
--	----

LA RISA:

La risa, <i>Francisco A. de Icaza</i>	43
La risa, <i>Juan Montalvo</i>	44
La risa, <i>Gregorio Martínez Sierra</i>	45

EL LLANTO:

El maestro y las velas, <i>Juan E. Hartzenbusch</i>	46
---	----

LA EDAD DE LAS PERSONAS:

Acuarela, <i>Rafael Obligado</i>	50
Obrerito, <i>Gabriela Mistral</i>	51
Dicha, <i>Arturo Marasso</i>	52

EL AMANECER:

El amanecer en "Malpocado", <i>Ramón del Valle Inclán</i> ..	54
Egloga primera, <i>Garcilaso de la Vega</i>	55

EL ANOCHECER:

Anochecer en el campo, <i>Estanislao del Campo</i>	58
Un crepúsculo, <i>Leopoldo Lugones</i>	59
La balada del día, <i>Amado Nervo</i>	60

PARTE QUINTA

Lecturas necesarias para el desarrollo de los asuntos

LA CIUDAD Y EL CAMPO:

La ciudad, <i>Carlo Octavio Bunge</i>	61
Campo de noviembre, <i>Amílcar Razori</i>	62
Campo argentino, <i>B. Fernández Moreno</i>	63
Corral de las vacas, <i>Emilio Germán Andrich</i>	64

LOS COLONIZADORES:

La fundación de Buenos Aires, <i>Enrique Richard Lavalle</i> ..	64
Puerto de Buenos Aires, <i>Luis Cané</i>	65
Ayolas, <i>E. González Trillo y L. Ortiz Behety</i>	66

ASUNTOS DE HISTORIA:

La bandera, <i>Belisario Roldán</i>	69
Oración al himno, <i>Carlos Ibarguren</i>	70
San Martín, <i>Belisario Roldán</i>	71
Romance del 9 de Julio, <i>Arturo Capdevila</i>	72
Romance del ejército de los Andes, <i>Arturo Capdevila</i> ..	75
Bernardino Rivadavia, <i>Alvaro Melián Lafinur</i>	78
La presidencia de Urquiza, <i>Carlos O. Bunge</i>	80
Mitre, <i>Ramón J. Cárcano</i>	81
Domingo Faustino Sarmiento, <i>Octavio R. Amadeo</i>	83

ASUNTOS DE GEOGRAFÍA:

En las montañas de La Rioja, <i>Joaquín V. González</i>	84
San Juan, <i>Juan Pablo Echagüe</i>	86
Tucumán, <i>Miguel Cané</i>	87
El estrecho de Magallanes, <i>Santiago Estrada</i>	89
Cómo se navega en el Alto Paraná, <i>Juan B. Ambrosetti</i> ..	90
Viaje a Salinas Grandes, <i>Estanislao S. Zeballos</i>	91

*El 27 de febrero de 1940 se
concluyó de imprimir este li-
bro en los talleres gráficos de
J. Hays Bell, calle Brandsen
esquina Gaboto, Buenos Aires.*



